



# *Tiempo de Trenes*

Elena August

EL PASO COUNTY LIBRARY  
1000 W. 10TH ST. SUITE 100  
DENVER, CO 80202  
303.733.1234

ELENA AUGUET

# TIEMPO DE TRENES

# TIEMPO DE TRENES

# Tiempo de Trenes

*Elena Auguet*

Ilustración de Tapa: Yolanda Díaz

1996

*Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico químico, mecánico, óptico; de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.*

Agradecimientos a:

*Walter Cazenave  
Yolanda Díaz  
José Maristany  
Carmen Ferrari  
Ana Apa  
Liana Eiras de Orbea*

A quienes pertenecen las ilustraciones:

*Viviana Titarelli  
Adriana Ale  
Claudia Mainz  
Ana Valeria Revelli  
Gabriela López  
Carina Fontana  
Mónica Barbero  
Andrea Elizondo*

## *INDICE DE CUENTOS*

- 1 - Mi llegada a Sundblad
- 2 - El Teatro
- 3 - Revancha
- 4 - Desde el Andén
- 5 - La niña y el Caminante
- 6 - La Curandera
- 7 - Hacia el abismo
- 8 - Barrozo
- 9 - Sí mamá
- 10 - El Caminante
- 11 - Reencuentro
- 12 - ¿ Por qué?
- 13 - Después del Viento
- 14 - Partido de Truco
- 15 - Fiel Como un perro
- 16 - Retornando

*A Laura que creyó siempre en mí.  
A Ana que me alcanzó una tablita en el naufragio.*

**E**l hecho de que la literatura sea mi afición y no mi oficio suele inhibirme un poco

cuando me enfrento a la tarea de prologar un libro. Un prólogo es, básicamente, una introducción a un cuerpo mayor y presupone un cierto análisis en el que se apoyan las inferencias a exponerse. A menudo suele ser, también, un estudio literario.

No es el caso de este libro, por lo que conviene advierta al eventual lector que las palabras que siguen surgen más de un sentimiento placentero ante la lectura que de un análisis sistemático de contenidos y contenidos. Para estos cuentos al menos he preferido ubicarme en aquella postura reivindicada por Borges: la del lector hedonista, y son varias las razones que me llevan a ello.

En principio la pluma femenina que avala estos relatos. En una tierra de cuentistas - buenos cuentistas - mayoritariamente masculinos, resulta reconfortante encontrar una nueva voz de mujer que elige la prosa para expresar el inefable sentimiento productor de la literatura.

Otra razón para mi actitud de lector ha sido el estilo. Elena ha optado por la forma más entrañable del relato: la sencillez, el cuento sin artificios ni pretensiones de vuelo poético, contando las cosas con las palabras que realmente les corresponden. Esto presupone una forma de trabajar no tan simple como parece y es una virtud no accesible a cualquiera.

Finalmente la condición para mí más significativa: el regionalismo sin exageraciones que le da a los personajes y las situaciones categorías de universalidad. Y aquí sí que vale la pena detenerse en algunas reflexiones, porque es mérito de la autora haber sabido ver el mundo y sus gentes en un pequeño pueblito

perdido en la llanura argentina, escapando a la monotonía para advertir la singularidad; espionando amablemente a los protagonistas de la comedia humana situada a la vuelta de su casa; adoptando la postura orteguiana del espectador del mundo quien, a poco que escape a la inercia que propone la sociedad y se atreva a mirar por dentro y fuera de ella, asistirá al más fascinante espectáculo.

"Háblame de tu pueblo y me dirás del mundo", decía sabiamente Tolstoi y esa regla de oro han seguido, conscientemente o no, casi todos los grandes narradores que en el mundo han sido, más allá o más acá de sus estilos. Desde un remoto andén de vías hoy opacadas, la autora supo mirar con tanta agudeza como cariño las gentes que rodearon su mocedad, medirlas en sus valores humanos y tratar de comprenderlas. A veces metiéndose en ellas, como lo sugiere el uso de la primera persona al escribir.

Creo que buena parte de quienes hemos sido pisados ya por el medio siglo de vida también conocimos de algún modo varios de los mismos personajes que, con otros nombres, rememora la autora en sus cuentos. Pito Carlone, El Mallorquín, El Canario, Omar, Paco Regular, Gustavo, doña Manuela... seguramente han pasado alguna vez al lado de

nuestras vidas en sus condiciones paradigmáticas del inmigrante, el lector apasionado, el mariquita del pueblo, la curandera, el hijo de familia adinerada, el vagabundo de tono melancólico y filosófico... En este aspecto no es aventurado decir que el pueblito que sirve de escenario a los relatos -el hoy languideciente Sundblad- es un espejo de otras comunidades mayores.

Esta circunstancia ya se advierte desde el primer cuento, "Mi llegada a Sundblad", en el que la descripción del sitio y su gente preanuncia la pequeña novela que vendrá después. A partir de ese, cada uno de los relatos es un mojón de mínima e intensa humanidad: la suave tristeza de los amantes que envejecen, más en la costumbre que en el adulterio transgresor; el patetismo de la homosexualidad de Omar; los crotos y linyeras que transitaban las vías -ora trágicos, ora grotescos-, el "dulce pájaro de juventud" de la muchacha campesina que marcha a la ciudad; la caída (en el más amplio sentido) de la familia tradicional, víctima de su propia decadencia y de la naturaleza... Elena planea sobre cosas y personajes y los cuenta sin juzgar. Algunos párrafos, ciertamente, recuerdan aquella expresión de Homero Manzi hacia Discepolo: "la gente se te arrima con su montón de penas, y tú los acaricias, casi con un temblor... Y todos los relatos desenvolviéndose sobre dos constantes: la llanura y la estación.

Es pertinente detenerse en unas palabras sobre estos elementos. La llanura, físicamente, sigue siendo la misma y acaso tengamos con ella la misma relación espiritual de siempre, la que tiene el habitante con su paisaje. Pero, en este triste presente sin ferrocarriles y con el interior abandonado, las estaciones ya no son lo que eran, aplicadas a otros menesteres y de cara a unas vías inutilizadas. Antaño, mientras corrieron los trenes normalmente, la estación se constituyó, junto con la escuela, el almacén y el destacamento policial, en el centro neurálgico de los pequeños pueblos. Y hasta quizás fuese superior a los demás porque era la puerta mágica de salida al mundo que, decían, estaba más allá del horizonte. Los andenes y los trenes eran una metáfora latente en materia y en espíritu.

Es de aquella estación que brotan las narraciones; desde ese sitio confluyente que permitía tener una perspectiva general y distinta de la gente y del pueblo. La autora supo aprovechar esa ventaja y plasmó esta serie de cuentos que, mayoritariamente, respiran realismo, cotidianeidad.

Más arriba señalábamos la falta de pretensión en cuanto a vuelo poético de estos relatos, a los que les alcanza con su simpleza. Será por eso quizás que algunos detalles y expresiones percibidos aquí y allá se realzan más. Quiero decir: la aguda imagen de la muchacha viajera con su valija de cartón; el hombre que apetecía "tomarse la vida en una copa" o el suave recuerdo de el adolescente que "coleccionaba crepúsculos"...

Releyendo lo dicho me parece que, como prólogo sin pretensiones, es ya más que suficiente. La mejor explicación de un cuento es leerlo, sentirlo, meterse en él.

Esa es la tentadora posibilidad que, después de este párrafo, tiene el lector enfrentado a estos relatos escritos espiritual y literariamente "en tiempo de trenes".

WALTER CAZENAVE

Santa Rosa, Julio de 1996

## MI LLEGADA A SUNDBLAD

*Tiempo de Trenes - 14*

**¡C**uántos años pasaron ya! Y sin embargo ese día se grabó a fuego en mí.

Llegué siendo una linda muchacha con poco más de veinte años, queriendo dominar el mundo, lo mismo que una reina o una diosa.

Allí viví, gocé, también en ocasiones me aburrí, me adapté a su gente. Odié.

Quise morir, quise matar. Y amé como ninguna mujer, acaso, pueda amar. Por entonces creí haber sufrido la etapa más horrible de mi vida, y hoy a la distancia, mido con ojo exacto, cuán feliz pude ser. ¿O es que me engaño aún?

Ya desde el comienzo de mi vida en Sundblad, las cosas tomaron a mi alrededor un viso tragicómico: llegamos toda la familia, mi marido, mi hijita, los Abuelos, una tía, las gallinas, los muebles, veinte macetas y un lechón en una jaula, obsequio de la despedida. Como buenos ferroviarios, viajamos en un furgón de cola de interminable tren de carga, que tardó cinco horas en cubrir los treinta kilómetros desde González Moreno.

A mitad del camino, al llegar a Valentín Gómez, una perdida estación en la llanura, el tren debía hacer una maniobra de cuarenta minutos. El Abuelo famélico por esas tantas horas de lento traqueteo, optó por llegarse hasta un boliche y surtirse de algunas vituallas para sobrevivir el resto del viaje.

Lo veo aún hoy cómo un niño travieso, avanzando por el andén firme y elegantón, de cuello duro, perramus, guantes de cabritilla y sombrero de fieltro e impecables zapatos.

- ¡Ah, tan poco propicio para caminar en esos arenales!

Estampa a veces gris, difusa, y otras brillante y nítida que nunca habría de cambiar, ni con los años, ni con los hábitos de la gente, vestidas de bombachas batarazas y alpargatas, ni con los arenales, más montañosos cada vez.

Y ahí volvía, y sigue todavía regresando en una tierna escena que no se borra nunca, trayendo salames caseros, vino, queso y dos gigantescas galletas chacareras. Compartimos la merienda con el guarda del tren entre risas, preguntas y proyectos.

Y ahí, de repente, inopinadamente, ante mi mirada de asombrarme de todo, estaba el pueblo aquel, Sundblad, la esperada, desconocida, la estación donde viviría largos años. Inmensa la vastedad pampeana que la rodeaba, casi microscópico el pequeño poblado tan temido por mí.

Tres almacenes o más bien boliches, con su mostrador de bebidas, peluquería, una tienda, la herrería, su cancha de paleta, la comisaría, la escuela. Más la consabida estación del ferrocarril, mi nuevo hogar de allí en más, única vía de comunicación con el exterior y donde instalé mi atalaya para descubrir ese nuevo mundo, que precisamente por ser tan pequeño y primitivo desde el primer día me cautivó.

Y a lo largo de la vía fui trazando mi tiempo, ora feliz, ora desgraciado, como la vida misma, ese tiempo y esa vida que inexorablemente me conduce al instante del último camino y que desearía, como el que me llevó a Sundblad, esté bordeado de eucaliptos y donde me sentaré a contemplar las bandadas de pájaros, y como siempre, sintiéndome una reina o una diosa.

## EL TEATRO

**C**omencé a vivir por ese entonces como en una novela, de la cual yo era la protagonista; o mejor aún, como en un gran teatro, donde el escenario era la estación ferroviaria en que vivía, y las tres o cuatro manzanas circundantes, la platea. Los habitantes del pueblito eran mis personajes, y sus actitudes, mis escenas.

Allí venía por ejemplo Don Jaime, el viejo mallorquín con su perro ovejero, cruzando el andén, paso cansino, ojos de cielo, y mugre de días sobre sus ropas; y aleja con la mano la pipa de su boca, en un ademán amplio, amistoso. La sonrisa que me dedica, me colma. Es una estampa de países nórdicos. ¿Qué está haciendo aquí, en esta pampa ventosa y árida?

Yo le coloco tras de sí, unas cumbres nevadas y torrentes y bosques tupidos y somos dos felices tiroleeses.

Hay momentos que en escena hay un rebaño de ovejas, las que guío suavemente rumbo al redil. Corren, balan, juegan... Es una fría tarde de julio, y el nacimiento de los cordeiros ha ampliado la majada. He criado cinco con biberón y me topan, me reconocen, me siguen, se sienten mis dueños. En ese algodónoso marco, soy la reina.

Más allá espía mi niña, desde su escondite, el hueco tronco de un sauce llorón. ¿Hay algo más tierno que la comunicación entre un niño y su árbol amado? Es su pasatiempo, su obsesión, el lugar perfecto para aislarse a fantasear, crear amigos invisibles, y hablar y reír a solas, feliz en su aislamiento.

Desde mi ventana contemplo y envidio esa inocencia.

Me muevo en mi teatro imaginario y miro el campo. Lo tengo ahí nomás, al alcance de la mano. La vista se pierde en la llanura sin límites, hasta el infinito. Aquí y allá una ovejita aislada, mi vaca lechera de reluciente traje blanco y negro, ostentando sus ubres repletas y con su hijo a la zaga.

Y el potro blanco, imponente, esperando que lo monte y salgamos a todo galope contra el viento y las lágrimas asomen de frío y placer.

Está llegando un hombre al pueblo, barba y cabellos largos. Con el paso, la tierra en su ropa y el andar del peregrino. ¿Quién es ese caminante? ¿De dónde viene con esa estampa de siglo en el camino?

Con su andar parejo y seguidor, que sólo se interrumpe por la imprevista aparición de una liebre, o el volido de un pájaro en el cielo.

Se apoda Pito Carloni. Y todos sabemos cuáles serán sus próximos pasos. Irá a la pequeña tienda, comprará toda una muda de ropa, desde los largos calzoncillos de frisa hasta las bombachas batarazas; y refugiándose tras los galpones del ferrocarril, cambiará su aspecto, quemando sus mugrosas prendas y entonces sí, enfilará para el almacén donde antiguos camaradas, festejan su llegada, y comienzan los brindis y los cuentos interrumpidos tres meses atrás. Serán dos días de charla, asado, risas, mentiras, truco, anécdotas

inventadas en el momento; luego como llegó, partirá el peregrino, a gastar sus nuevas ropas, dejando tras de sí las huellas de picardía y humor en el pueblito.

A escena, a escena. Esta vez soy yo la primera actriz, y mi diálogo se establece con un personaje increíble. Un español llegado, muchos años atrás, desde las Islas Canarias, irrumpe en su desvencijado carruaje. Calza botas de goma y viste saco de dril azul.

Pasamos horas juntos, me cuenta de su tierra, de su morriña. Conoce y ama la literatura; y ambos volamos imaginariamente; desde las estepas rusas de Tolstoi hasta los ruidos ensangrentados, de las corridas de toros de Blasco Ibáñez, a las trincheras de Remarque. Es un canje continuo. Un Dostoievski por un Sábato, algún Flaubert por un Hemingway, o Chejov o Arlt o Tuñón...

Todos mezclados. No leídos, sino devorados con avidez para luego pasar horas comentándolos. Nos separaban cuarenta años, pero éramos casi uno..

¡Cuánto vuelo! Cuánto querer ver otros mundos. ¿Qué hacemos aquí envueltos en el Pampero?

... Y allí estoy, caminando por el andén, o el escenario? No sé cuál es la realidad y cuál la fantasía

Mis amigas vienen a buscarme para caminar por la vía, es un grato paseo. Estamos solas, los hombres se han refugiado en el boliche tras los naipes o el alcohol, lugar prohibido para mujeres. Caminamos horas, lentamente, y tejemos lanas y sueños.

Soy joven, con ilusiones, fantasías, esperanzas. Miro esos rieles que se alejan en el horizonte, y quiero partir, irme por ellos hacia lo desconocido.

Este villorrio me oprime. Tal vez lejos pueda ser más feliz.

Pasará el tiempo, caerán muchas hojas de muchos otoños, y mis pies pisarán otros suelos. Caminarán por esas vías. Se cumplirán ilusiones, fantasías, esperanzas, pero también habrá tropiezos, fracasos, pérdidas, dolor...

Y en la distancia que dan las lejanías y los tiempos, añoro las gratas horas vividas en aquel pequeño escenario, azotado por el Pampero, donde fui feliz y no me di cuenta.



Ana Valeris Revell

## REVANCHA

*Tiempo de Trenes - 20*

**C**omo integrante de la fauna sundbleña, Omar es controvertido, de una ternura infinita, hace que todos lo amen por igual. Pero más elevado que el resto, más exquisito, su mente vuela sin tregua a lugares y situaciones especiales. Es como si alguien enrollara un cable en París, y lo desenrollara en Sundblad, y Omar viajase sobre él, haciendo malabares.

De niño se hacía llevar en brazos por su madre, y si lo querían hacer caminar, lloraba como si estuviera muy cansado, porque en su entendimiento, era más cómodo ser llevado que llevarse a sí mismo.

- Hola Omar, ¿ nos vamos a las cañas? -

- No sé Tomasito, tal vez los otros chicos -

- Vamos, dale, busquemos a Jorge, Carlitos, el Chueco y nos mandamos una farra!!

- Dale, decí que sí.

- Farra para ustedes- expresó Omar, moviendo sus manos demasiado expresivas.

- No digas que vos no te divertís.

- Sí, tal vez, pero cuando ustedes se juntan con ganas de farra, son jodidos.

Omar viaja mucho, huye del pueblo y nadie conoce su vida fuera de los límites del paso a nivel. Pero aquí sus ocios los comparte con el bullicioso grupo adolescente.

- Vamos, dale - grita Jorge- que el jefe nos presta el velocípedo.

- Vamos sí, ja ja!! Se unen las risas y los empujones.

Ese aparatejo desvencijado y simpático que viaja por la vía del ferrocarril, al solo impulso de los propios brazos, hace las delicias del grupo, despertando a la vida.

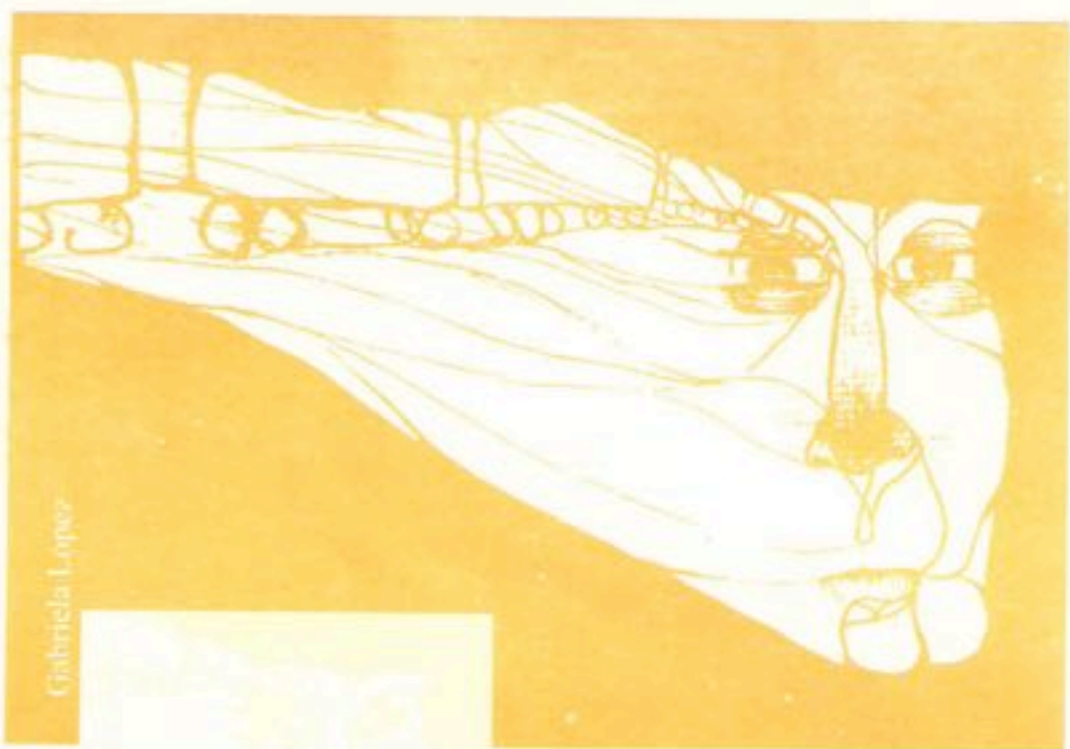
- ¿Traen cigarrillos?- alguien pregunta.

- ¡Traemos todo!-

El paisaje huye en medio de las risas. Allí nomás, un montecito de cañas, el escondite para el encuentro. Los cuentos obscenos, el cigarrillo prohibido, el despertar del sexo. Sobre el borde mismo de un barranco en llamas.

Cada muchacho, una soledad abrumante. El grupo total, un bloque al rojo, unidos por igual. Date vuelta Omar. Rasgando la arena en la prisa de la consumación. Y Omar sonríe, aprueba. Pero la pandilla se torna feroz, con rostro de alimaña. Es cruel, desgarrante. Las cañas son el mudo testigo de tanto exceso en la innoble algarabía.

Y a Omar lo agreden, lo humillan. Se acaban las risas. Su voz sepultada en un sollozo dibuja una triste bestezuela en la llanura. Se terminó la fiesta. El regreso es lento, callado, solo el rechinar del velocípedo. Omar cavila y sufre. Pero esta vez su alma cambia. El dócil perro se ha convertido en lobo. Llegó la hora de vengarse, la estación los aguarda, cruza por el rectángulo soleado del andén y en un gesto omnipotente, sorprende a sus amigos, siente una náusea de asco y de piedad, y como un animal herido perdiendo su sangre a borbotones, les arroja en la cara. Tengo SIDA !!



Gabriela Lopez



## DESDE EL ANDEN

**¿C**uándo fue que don Juan le hablaba?, ¿ayer?, ¿hace 30 años?

En el mundo hay lugares increíbles, están ahí nomás, sólo hay que descubrirlos. Algún día visitará la Acrópolis de Atenas, dará un paseo por el Rin, bordeado de antiguos castillos, beberá un pernot en alguna terracita de Montmartre, o subirá los 102 pisos del Empire State en Nueva York, algún día.

Amanecía, era viernes, le gustaban esos despertares. Como todos los viernes, se reunía la pareja desapareja. Ella una muchacha veinteañera, ávida de lecturas y de vida, él campesino sesentón, inmigrante de las Canarias, de cara rosada, melena blanca y profundos ojos azules. Maneja un sulky, viste traje de dril azul y calza botas de goma. Mas tarde, con los años, precisamente esa sería la imagen que acompañaría a la joven cada vez que descubriera nuevos sitios.

Se conocieron en el almacén, al lado del mostrador de bebidas, entre las barricas de fideos. Ella lleva bajo el brazo un par de libros, y el viejo se acerca decidido.

- ¿Le gusta leer, señora? (De ahí en más la llamaría Señora.)

- ¡Oh sí, es mi pasión!

- Usted es nueva aquí, pero no encontrará a nadie que lea, yo no tengo con quién canjear un libro, o comentar un autor. Aquí matan los días con un vermouth en el boliche, o paseando su aburrimiento por el andén mirando pasar el tren.

- Si usted quiere puedo prestarle algún texto. ¿Conoce a Arlt, Tuñón, Mallea? preguntó animada, la joven.

- Sí, claro que sí.. A cambio le haré conocer a Unamuno, Tolstoi, Valle Inclán.

Así se concretó esa insólita relación que duraría para siempre. Todos los viernes se reunían en el andén. La muchacha ovillada en sí misma con mirada perdida, lo esperaba. Con el viejo llegaban sueños, lecturas, ilusiones, prometedores viajes...

.....

Ascendía con sus seres más queridos: sus hijos, su nieta, su marido.

Sin embargo una nube de tristeza la envolvía, una vaga melancolía. Escenas de su vida llegaban justo ahí. Una tras otra. 20, 30, 40 pisos.

Se concretó el viaje tras un golpe de suerte, el ascensor sigue subiendo, y esa incógnita se develaría dentro de pocos minutos luego de tanta espera. Rostros anhelantes, nerviosos se observan entre sí. Trasciende la emoción en esas miradas fijas en el tablero. Esta vez la viajera soy yo, se dijo la mujer de hoy, la muchacha del andén, de 30 años atrás. No lo creía realmente. Siempre pensó, la gente viaja, conoce, vive. Mas eran historias ajenas, no eran "su historia". Miró los números del ascensor subir de 10 en 10. Cerró los ojos y se dijo: "estoy aquí".

.....

El banco del andén los recibía. Enfrente la playa ferroviaria, la brisa acudía con todos los olores del campo, a lo lejos, sólo la pampa, interrumpida aquí o allá, por algún bosquecito. El escenario imaginado cambiaba en cada cita. Se impregnaban de Remarque y aparecían: trincheras, soldados, cañones. Si Hemingway era mencionado esa tarde, pisaban el ruedo de una plaza de toros, la muchacha lucía un clavel rojo en la oreja y los envolvían los acordes del Gato Montés. O razonaban con Sábato, o soñaban con Borges o bailaban con María y los Karamazov. Leían, discutían, vivían...

.....

50, 60, 70 pisos. La nieta ríe nerviosa, están llegando. Siente esa cosquilla en el estómago, mezcla de ansiedad, miedo y felicidad de concretar un sueño. Recordaba a don Juan cuando le decía: Subirá al Empire State, algún día...

.....

Una fachada encalada de gris, otra encalada de rosa, otra a ladrillo descubierto. Arena. Unas matas de hierbas verde amarillentas creciendo a la orilla de la calle, un viejo automóvil avanza desde el paso a nivel con ruido de ataque de tos. Arena. Una sombra tras la cortina desflecada del balcón. Más arena. Un sulky tirado por un caballo flaco, y a los lejos el humo del tren. Eternos elementos en la escenografía de esos callejones. El cielo es allí una presencia tan desmesurada que, camino, construcción y espacio, son todo uno. A menudo el Viejo compraba semillas de girasol y mientras charlaban se acumulaban las cáscaras en el piso, al separarse se daban cuenta de cuánto habían compartido y hablaban de cosas lejanas, nunca del pueblo, ni de su gente, y menos aún de sus familias. Solía haber un hormiguesar de comadres contra el horizonte. Olvidémonos del pueblo, de la arena, del andén. Risueños se convencían de que no había sobre la tierra nada mejor que hacer que crear cosas bellas, aunque sólo fueran pensamientos. Y dejaban de ser simples humoradas para convertirse en un sistema de valores que compartían.

Y hacía ya tiempo que la muchacha debía leer para el Viejo. Mis ojos están cansados, repetía, las letras me bailan y no puedo juntarlas.

No importa don Juan, yo leo para los dos. Y entre ambos flotaba la triste realidad. Si el Viejo pierde sus ojos, perderá el alma.

El reloj de la estación marca las seis, la muchacha sentada cara al sol se sorprende. Debo irme, dice don Juan. Le duele verlo partir, solo, tendrá que poner los pies en la tierra. Lo entretiene con disimuladas ofertas. ¿Le mostré el último de Sábado? La emoción se les sienta al lado. Sin hablarse observan las maniobras de los trenes, el cambista con su gorra redonda y las carretillas cargadas de pollos.

A ella le oprime el pecho ese olor a carbonilla que identifica con adioses y partidas, con el Empire State allá en Nueva York con más de cien pisos... Y con esa imagen imprecisa, vuelve a la realidad. Mami, mami, alzame que quiero tocar la campana: TAN, TAN, TAN...

Allí está ella junto a ese anciano, treinta y cinco años mayor, en el barco del andén, mimetizada con el paisaje, como esa pampa, es fresca, abierta, luminosa. Sueñan, vuelan juntos. Su relación es de silencios y acuerdos tácitos, a veces, otras de catarata de palabras. Ninguno de los dos se siente capaz de sorprender al otro. En ellos todo armoniza. Fue necesario que ella llegara a la vejez para que nuevamente las cosas le parecieran asombrosas y dignas de ser contadas.

Sorprendente como un tiro, fue la noticia. Se mató don Juan !!. Ella quedó petrificada. De inmediato recordó el largo silencio que hubo entre ellos la tarde anterior. No vertió lágrimas. Algo más profundo rompió su corazón. A don Juan sus ojos azules ya no le servían para leer. ¿Para qué vivir?

---

80-90-100-102 pisos. Ante ella la terraza del Empire. Verá todo Nueva York desde allí. El Hudson, el East River, el amado puente de Brooklin, Manhattan toda, la Estatua de la Libertad, el Rockefeller Center, el Kraisler, la Catedral de San Patricio. Desde arriba se adivinan las grandes contradicciones, desde el corazón de las finanzas en Wall Street, hasta los miserables ancianos o negros rasguñando los tachos de basura en una degradación humana llevada al límite mismo del horror.

Y hasta el piso 102 llega el brillo de la calle de los diamantes o el oro de Tiffany's. Se presienten la históricas obras de arte del Museo Metropolitano, las sombras del Central Park; las grandes firmas de la Quinta Avenida o los resentimientos unidos del Bronx. Se oyen aplausos en Broadway o en Carnegie Hall. Todo, allí está todo, lo que el Viejo le anticipó 30 años atrás.

La puerta de acero se abre. Ella instintivamente, toma de la mano a su nieta, como preservándola de esa marea humana, e inconscientemente baja la vista, a su lado descubre un conocido y casi olvidado traje de dril azul enfundado en botas de goma.

Con voz tranquila, natural, dice: Pase usted primero, don Juan.

## LA NIÑA Y EL CAMINANTE

*Tiempo de Trenes - 28*

**E**n puntas de pie, sigilosa, la flacucha niña de trenzas rubias camina por el andén a esa hora vacía, ahuecada de gentes y de trenes, con una red en la mano y ... zas.- La atrapé - grita alborotada.

Allí está su trofeo, una hermosa mariposa que al fondo de la malla aún bate sus alas, como velo de novia, flameando en la mañana de Octubre.

Una cresta de cenefas dibuja con un azul apenas más oscuro que el cielo la sombra proyectada en el piso del andén. Allí vio al hombre, sentado, laxo, indiferente, conversando tan solo con él mismo. Lentamente se le fue acercando. Las piernas se asentaban en la punta de las alpargatas desflecadas en el riel y los codos descansan sobre sus rodillas.

-Hola ¡ hola niña !- ¿Qué haces con esa red?.

- Cazo mariposas, las colecciono, tengo muchas, azules amarillas, algunas parecen de nácar, y tengo una monarca.

- ¿Para qué?

- ¿Para qué, qué?

- ¿Para qué las juntás?

- Y, para miraras. Las pincho con un alfiler y las pongo en una plancha grande. ¡ Son hermosas!. Todos me felicitan; y hasta me las pidió la Señorita para una feria de ciencias en la escuela, que yo todavía no sé qué es, pero seguro que es importante porque a todos les gustó mi colección, y yo estaba muy orgullosa -contesto parlanchina la pequeña.

- No es bueno - dijo el hombre lacónico.

- ¿Porqué no es bueno? ¿Qué no es bueno?

- No es bueno quitarle a nadie la libertad.

- La mariposas no son gente, y a mí me gusta miraras -.

- Miraras volar por el campo, dejarlas que se vayan donde quieran; es un ser vivo igual que vos -.

La chiquita quedó callada, a la vez que hacía bailar la red entre sus piernitas flacas colgando del andén, sentada al costado del hombre; proyectando una sombra que la hacía parecer más pequeña aún.

Se sintió angustiada por las palabras que oyó y quiso salir del tema, que no entendía demasiado pero que le inauguraba una inquietud; y aguzando su sensibilidad, preguntó.

-¿Cómo te llamás?-

- Paco, Paco Regular - ¿Y vos?

- Laura, en la escuela me dicen Flaca -.

- ¿Qué otra cosa te enseñan en la escuela?-

- Los números, los mapas, las letras...-

- ¿Y vos, sabés leer?-

- Sí, respondió Paco Regular, y con una mirada de mirar más allá y de estar de vuelta de todas las preguntas, le contestó: En las hojas de los árboles, en el agua que se agita en los charcos, en las nubes rosas y grises.

- Las nubes son blancas, y además no tienen letras - .

- Eso crees vos, ellas como yo, caminan con libertad, ¿ ves aquella que camina despacio, ves que tiene el borde rosa como una puntillita ? , allí la que se juntará con aquella otra, y antes que entre el sol vendrá otra y otra más y se harán grises y luego tendrán hilos de luces doradas y cuando vos ya estés dormida esta noche, empezará a llover, primero despacito, tronará y caerá mucha agua y tus mariposas, solitas, se esconderán donde no se mojen.

- ¿ Y qué más, qué más sabés leer?-

- Leo en las hormigas y las miro cómo llevan una hojita que pesa el doble que ellas y se ayudan unas a otras, y hay más y más hojitas -.

- ¡ Cuántas cosas sabés Paco !- Y mirando de rabillo las ropas gastadas y mugrosas que recién veía, preguntó: -¿De dónde viniste?-

- Lejos, de cualquier lado del mundo, donde nadie me manda, y voy donde quiero -.

- ¿ Allí se aprenden tantas cosas ?.

En cualquier parte, sólo tenés que aprender a mirar.

El caminante sintió que la pequeña le traía un calor a los huesos y le purificaba el alma, y marcando su perfil al trasluz, tostado por la intemperie, vivió ese momento en plenitud, sabía que la nena ya lo admiraba y él admiraba su candor.

- Tomá, dijo Paco, te regalo de jugando unas alas de mariposa, lleválas siempre puestas y te ayudarán a ser feliz.-

La chiquita vivía en el hueco de un sauce llorón junto a un amigo imaginario llamado Vitel y ocasionalmente entraba a la casa de la estación donde vivían otras personas que le hacían tomar la sopa y lavar los dientes; también iba a la escuela, pero gozaba de la libertad de la playa ferroviaria, la magia de los trenes y ahora la compañía de Paco Regular..

- ¿ Por dónde caminás, Paco?

- Por los caminos, las huellas, pero mis mejores amigos son los rieles, por ellos conocí todo lo que sé, las cosas lindas de la vida y las feas también, la envidia, el horizonte, la magia, el arco iris...-

- ¡ Laura, a comer!-

- ¡ Ufa justo ahora que lo estoy pasando bien!-

- ¡Chau Paco! ¿ vas a volver?.

- No sé, tal vez .

- ¡Laura, a comer!-

Y Laura se aleja, despacito, volviendo la cabeza para ver otra vez a su nuevo amigo, ese sabio analfabeto que le ha enseñado tanto, mientras, allá abajo, junto a los rieles ha quedado olvidada, tal vez para siempre, su red de cazar mariposas.

Pasaron los tiempos, la niña abandonó el tronco, perdió a su amigo Vitel, pero ni las maestras de la escuela primaria, ni la rectora del Nacional, ni tan siquiera aún cuando la pequeña Laura llegó a la Universidad, allí donde mandoneaban los milicos, siempre amigos de meter miedo, nadie pudo quitarle la magia que le dio el andén.

Y se fue caminando por esos rieles lejos y pisó otros suelos y habló otras lenguas y vivió otros octubres y siempre, siempre lleva con ella las alas de mariposa que le regaló Paco Regular, buscando el camino para ser feliz.



Viviana Marell

## LA CURANDERA

**S**olía llegar hasta el paso a nivel donde vivía la vieja Medina en busca

de verdura fresca.

Montaba un velocipedo que calzábamos en la vía y al solo impulso de mis brazos lo conducía como un monopatín. Encontraba a doña Manuela apoyando su mole de carne en una baja silla de paja a la espera de pacientes o compradores de verdura.

La pobre vieja era muy fea, tan pesada y con sus pies juanetudos; y con bigotes frondosos por añadidura; sólo salvaba ese cuadro la simpatía y el gracejo español que la hacían muy atractiva.

-Pude dedicarme a esto que es lo mío - nos decía - luego de veinticinco años de criar hijos sin parar. Siempre tuve un bracero, un manero y un - ¡ Anda para acá rapaz ! (repetía acompañándose con una carcajada).

- Mi panza estaba encinta o en cuarentena.

Ahora vieja, libre ya de las penurias de los partos, pasaba todo su tiempo en la preparación de brebajes y menjunjes que la gente consumía con avidez. Descubría entre los yuyos del campo curativos para todos los males: lianas rastreras, de hojas peludas para la neumonía, maurelia para cicatrizar heridas, saúco para los ojos cansados, enredaderas que provocaban escozores, lenguas de vaca y toda clase de dardos, filos y púas para infusiones. Con sólo olerlas o palparlas entre sus dedos, ya lograba clasificarlas.

A los que curaba el empacho los acomodaba boca abajo sobre su falda, ahí nomás bajo el parral, con ceniza les hacía una cruz en la espalda y se les prendía del cuero como queriendo separarlo de las costillas, recitando en silencio vaya a saber qué oración secreta, lanzando un escupitajo sobre la víctima. Los mayores aguantaban la agresión con muecas de ojos cerrados, y los chicos berreaban hasta espantar los perros. Luego de unas nalgadas cariñosas les daba yerba del pollo, una cucharada de Cirulaxia y ... andando.

Su cocina recordaba las viejas herboristerías: de los tirantes ahumados del techo colgaban raíces que emponzoñaban la sangre, papeles mugrientos de grasa con recetas mágicas y viveros de sanguijuelas para las sangrías, frascos cuadrados de grueso cristal llenos de cáscaras de granada o berros conservados en alcohol para mitigar dolores.

Doña Manuela se movía en ese lugar como un actor sobre un escenario, mientras con la mano izquierda bajaba el párpado de algún cliente para ver si estaba anémico, y recetaba un guiso de hígado y lentejas, con la derecha revolvía un cocimiento de raíces que hervía en el Primus, cuya llama azul se reflejaba en el vidrio sucio de moscas del ventanuco, todo acompañado de coplas y cantares de España que hacía que los pacientes se volvieran con los dolores mitigados.

Había tardes que visitaba a Doña Manuela alguna matrona con su hija a las rastra, y plantándose en el medio del patio, le decía: "Pues, que la tontona esta se ha dejado engañar por el novio y ya van dos meses que no le viene la regla, espetaba la madre mitad angustiada y mitad rabiosa- creo que está gruesa.

Era ahí cuando la curandera se movía en su salsa, y luego de revolver frascos y paquetes le aconsejaba:

- Bueno hija, te tomas tres infusiones diarias de aguaribay y un baño de pies con mostaza. Si al tercer día no te baja niña, pues a tejer escarpines y tomar al vivo ese de la oreja y ...¡al Civil!

- Y si te salvas de esta, ya puedes rezar unos padrenuestros y rociarte con agua bendita que no te vendrá mal.

Otras tantas buscaban a Doña Manuela para atender algún parto. Si el tiempo lo permitía, salía rumbo al pueblo caminando despacio, con sus zapatillas de soportar 100 Kg. y la valijita de trapos limpios y tijeras hervidas. Pero si el llamado es tardío y el tiempo urge, su marido, en total segundo plano, algo así como un príncipe consorte; el hombre que le ayudó a fabricar sus 14 hijos, ata el caballo a una rastra y allá va Doña Manuela sentada en la silla de paja de brazos cruzados, como una reina en su trono. La abundancia de carne no permite que suba a ningún coche, sus caderas se atascan en las puertas. Pero eso no impide sus buenos servicios.

-¡ Puja, puja, mujer!! Y tú, en lugar de fumar tanto, calienta más agua !!.¡Anda hombre!

Ni el apuro del momento, ni el silencio demasiado prolongado, aplacan el humor de la comadrona.

Con el berrido del bebé al entrar en este mundo y tras un chirlo en el culito mientras da fricciones al cuerpo inerte de la mujer, tararea una bella canción de cuna, que su madre la cantara allá lejos, hace mucho. Así pasa el tiempo de esta mujer alegre y servicial. El pueblito no da para médicos o farmacias y sus atenciones son muy agradecidas. Allí todos saben que ella es ya una institución junto a sus coplas, sus brebajes, abortos, ojeaduras y su mole de carne.

Cuatro son las cosas insustituibles para los vecinos: el sol, la lluvia, el tren y Doña Manuela.

## HACIA EL ABISMO

*Tiempo de Trenes - 36*

Suenan las cinco campanadas en el antiguo reloj del comedor y Felicitas

Huergo de Martínez Zubiría, levantando un mechón canoso que cae sobre su frente, prueba un sorbo de té y de pronto surge el recuerdo. Ese sabor del té es el mismo que Juan Carlos le alcanzara tantas veces por las mañanas, despertándola cariñoso, en aquellos felices días de recién casados. Como quien corre una cortina, allí están las imágenes hace tiempo olvidadas, o tan solo replegadas en los confines de la memoria, que ahora toman cuerpo, persistentes, más fieles que nunca, acompañadas por el sabor y aroma del té, aunque no fuese el incomparable té de Ceilán que ella bebía cuando era otra su economía y otro el amor que Juan Carlos sentía por ella.

El fastidio recorre su cuerpo, y vuelven a acosarla los recuerdos. Las mujeres de su edad suelen ser como enredaderas, persistentes, envolvedoras, pegadas a las paredes. Adhieren al pasado, épocas felices en que estaban plenamente vivas, antes de ser como ahora, eternas recordadoras del ayer, hurgando en el pasado remotos momentos donde todo un folklore de costumbres y hábitos de la "gran burguesía" marcaban su vida. Los lugares pre-establecidos donde "hay que ir" y desde los que surgieron los casamientos entre amigos, parientes, primos de segundo o tercer grado y todo quedaba en familia y así solidificar esa gran masa de fortunas que unidas entre sí, llegaron a dominar todo, la política, las tierras, el gobierno hasta los sentimientos.

Ejemplo de eso fue su casamiento con Juan Carlos, todo un error Felicitas lo amó y él amó su dinero. Polleras ajenas envolvieron el paso de su marido y a manos llenas dilapidó la fortuna que ella misma facilitó.

Luego vendrían, rencillas, perdones, deterioro, que terminaron con su orgullo herido y casi toda su fortuna, poniendo punto final a esa historia.

Quedaría sola. ¿Y luego qué...?. Viajar, criar sus hijos. Ahogar su soledad en fiestas, en paseos... Seguir esa vida tan espléndidamente vivida desde la cuna, cuando sus padres la rodearon de bienestar, con institutrices inglesas y alimentos escogidos con minuciosa severidad, ambientes propicios para una niñez de princesa. Hija y nieta de aristócratas, educada para los buenos modales y los placeres que da el dinero, no siempre bienhabido por supuesto, pero siempre al fin bien disfrutado. Viajes, deporte, ropa fina... Como aquel gracioso marinerito que estrenó en el baile del jockey con el collar de perlas auténticas para el concurso del "charleston". El placer de un extracto francés o una espléndida langosta chilena rociada con champagne, fueron para ella la cotidiana cosa que marcó su vida de niña mimada.

¿Y ahora?. Esos endebles escalones que pretende subir se quiebran a su paso.

Esa tarde, cuando llena de proyectos e ilusiones planea un nuevo viaje a Europa y, entre Atlas y prospectos de remotos países donde ya su loca cabecita está imaginando felices experiencias, don José Roca, su administrador, echa por tierra sus proyectos..

-Imposible Señora, no hay más dinero, se acabó !! No podrá viajar, está al borde mismo de la ruina.

- No pude ser. ¡No hay derecho!.- ¿Y ahora?

Sin París, sin Roma, sin la Scala de Milán, ¿sin las palomas de San Marcos...? Sus amigos esperándola en la Rivera. Adiós sus paseos por el Sena, aquellos inolvidables aperitivos en la Vía Veneto o quedarse extasiada ante una pintura de Tintoretto. Adiós, a todo, adiós. Nunca más. ¿Cómo se le fue esa fortuna de entre los dedos?. Igual que un puñado de arena jugando en la playa. No tiene respuestas. Antes su marido la apoyaba. Ahora, sin él, no sabiendo ella absolutamente nada de papeles, absorta fija sus ojos en indescifrables pagarés, y dibuja su firma aquí y allá, y otro cheque y otro más...

Es demasiado para ella. Pero Felicitas no se dobla, se ha vuelto levantisca, orgullosa, se debe a sus hijos. ¡Bah! - esos hijos... Criados con el padre ausente, educados a medias, emparchando con dinero las carencias de familia.

Allí están: María Pía, bella, desenfadada, viviendo su juventud con una turbulencia erótica que, por qué negarlo, a veces no sabe si enjuiciar o envidiar. Cambiando amores aquí y allá sin cesar. Lo mismo se enamora de un joven con doble apellido que de un peón de la matera.

Felicitas se agota. No valen consejos, reprimendas, internados, diálogos. Inútil ante esa lascivia en continua eclosión. Sólo es la obligada espectadora de ese caos.

¿Y Machón?. Peor aún. Huraño, solitario. Sus manos regordetas de lustradas uñas tejen interminable tapiz. Sin trabajar. Sin estudiar, apático oye a Vivaldi, e indolente arregla las flores de un jarrón mientras en su mente recrea el encuentro en el molino con el hijo del capataz.

Felicitas baja los brazos. No le quedan fuerzas para la lucha. Su amada estancia, tan grande ella que llega hasta el borde mismo de la estación, se muere.

Primero fue la sequía, no sólo el campo, sino hasta su propio jardín murió, con esa aridez que alcanzó condiciones extremas. Ilusa pensó: Un jardín plantado entre dos que se aman, crece para siempre...

Nada es más quemante, más seco, que su nostalgia. Lo siente en las vísceras.

Y ahora el agua. Todo es agua: las parras, higueras, magnolias, los citrus; hasta es impúdico el espectáculo.

Toda la peonada mira el fenómeno con temor. El agua fluyó copiosa, inacabable, pero no del cielo, sino de las napas. Cubrió el campo, tapó alambrados, derrumbó molinos, pudrió los montes.

El agua sube y sube sin cesar, como si se desbordara un río. O llegara un diluvio. Y le parecía tan amenazante como la antigua sequía. Ese espectáculo abigarrado, esos cuerpos sucumbidos, le lavan la mirada. Sólo queda en San Ambrosio la presencia limítrofe de un pajonal y un estero.

...Y comienza el éxodo, los peones, los sirvientes, El chofer. Ya no hay nada por hacer.

Felicitas se ha vuelto remotamente vieja, la cara toda pómulos y oquedades con piel, menguada su altivez.

De pronto en medio de la noche, un tronar aterrador, rompe el silencio, como si un tren expreso pasara por la casa, un terremoto en sus propios oídos. La oscuridad la roza, y tratando de entender, abre la puerta del dormitorio y desorbitada sólo ve la ausencia de sus muros. No hay nada, terminantemente nada, todo perdido en el abismo de la nada.

Su casa, su amada mansión, ha sucumbido bajo las napas de agua.

Y en un último gesto de orgullosa altivez, abriga sus hombros con la capa de visón, da un portazo a la entrada que aún queda en pie y, bajando la escalinata de mármol, sale camino hacia ninguna parte.

“BARROZO”

... Y cuentan los vecinos que en tiempos de trenes, o tal vez en

épocas de cosecha, un roto muy peculiar llamado Barrozo llegaba al pueblo.

De pronto lo veían sentado en el andén, mirando pasar la tarde, sus batarazas, las alparagas gastadas de caminar caminos y el atadito bajo el brazo cobijando la foto de su familia que ya no es más, y regalando una sonrisa.

Lo imagino en la estación, barrida por el pampero con el fondo de la playa ferroviaria, mirando las vías, su camino preferido. Si hasta creo ver las pilas de durmientes dibujando aquí y allá un obstáculo único en la llanura, donde el croto se albergaba y donde resolvió el "no más" sentado en la balanza, engañando a todos con su buen humor y su simpática haraganería.

Lo imagino hoy que ya no está, con familia y trabajo sencillo.

- ¡ Ya debe estar por caer Barrozo!.

-Ajá.

- No ha de tardar, empieza la bolsa.

En un pueblo tan pequeño la presencia de un croto humaniza aquellas soledades. Ya sabían por la forma de caminar desde lejos si era Sequeira, o Carloni o tal vez Paco regular o Barrozo el que iba llegando por la vía.

A veces bajaba del "mixto", un tren de tortuga que transportaba carga y pasajeros o algún vagón de vacas o pichoneras de pollos, según fuera necesario.

Y allí aparecía el croto, cansino, trayendo una tal tristeza como queriendo llegar y no llegar a ninguna parte.

Cuentan también que a Barrozo en el pueblo algún comedido le cortaba el pelo, muy desprolijo por los meses de abandono y con olor a perro mojado. Una vez alguien le cortó sólo el lado derecho bien corto y del izquierdo las crenchas le llegaban al hombro, así lo dejaron hasta el día siguiente y así anduvo el pobre hombre medio escondido con esa facha de susto soportando la chanza.

Otras veces durmiendo la siesta, y la mona, sobre el banco del andén, no faltó alguno que mojara su cara para despertarlo o que echara sal a unos durazos partidos en vino, en una ollita negra, donde maceraba su exquisito "claricoque".

Dejaba correr los días en las estancias procurando un jergón y un trozo de carne, o en las estaciones de la pampa donde ponía un ingrediente mágico con su llegada.

Nunca le gustó el trabajo. Si le ofrecían alguna tarea a cambio de comida, respondía: ¡Pero no puedo, doña, ando de vacaciones!.

Y entre chistes y risas dejaba correr el tiempo que realmente parecían vacaciones.

.....

El azul del cielo veraniego tapado por el polvo parece de tormenta, el sol atravesando la tierra que vuela, llega de un gris plomizo. El ruido del tren enganchando los vagones se acerca al galpón, el sonido metálico de las chapas, el sordo golpear de las bolsas repletas de cereal, el chirriar de las chatas cargadas, los gritos de los bolseros, de los cambistas, los guardas, todo eso se le une en la tarea dura, fatigosa donde jornaleros sudorosos trabajan por un par de pesos que llevarán a sus hogares, algunos otros, como Barrozo, directamente al mostrador del boliche a tomarse la vida en una copa. Pobres hombres, ellos, poco más que bestias, engendrando todo ese movimiento, encorvados por el peso de las bolsas, subiendo y bajando el "burro" por la planchada, envueltos en polvo, pajilla y gorgojos hasta llenar el vagón, y luego vendría otro y otro y otro, olvidándose de sí mismos, esclavizándose en la brutal tarea.

Variada gama de personajes eran conchabados para la cosecha; algún padre de familia, un borrachín, algún ladronzuelo, caminantes, había de todo. Aún no se conocían palabras como silos, aereadores, chimango, noria, eran tiempos duros, tiempos de trenes.

Y allí está Barrozo con mucho humor y pocas ganas, trabajando para hacerse de unos pesos, y escondiendo tras su sonrisa como una fachada, todo su dolor.

Por la noche solían verlo en el boliche jugando a las cartas con algún parroquiano mientras comía pan mojado en tazones de vino, mintiendo al truco o trampeando en una escoba.

Cuentan que hubo tiempos en que caía en una depresión alarmante y la pesadumbre se instalaba en su ánimo, mas con el propósito de que nadie supiera de su pena, superaba el desencanto y acomodaba el dolor que lo martirizaba.

.....

Aquel atardecer dejó pasar horas de inmovilidad, sentado en el andén en total abandono.

El hombre mira sin mirar, sólo él y sus pensamientos, negros pensamientos que lo llevan al ayer, a su mujer y su hijito, y una vez más vuelve la imagen siempre repetida del pequeño perdiendo la vida con el arma que él mismo por descuido ha dejado a su alcance.

Y aquel portazo del adiós confinándolo al camino con su culpa al hombro, sin llegar nunca a ninguna parte, sintiéndose extranjero adonde fuera, solitario entre la gente y sonriendo siempre para tapar su dolor.

Recuerda su casa cuando todo era normal, piensa en su jardín, en la madre selva floreciendo en la ventana, en el caminito de ladrillos que conduce a la huerta, aquel perdicero que fue su mascota o la gota persistente cayendo en la pileta. Necesita los detalles precisos para reconstruir su vida que pierde día a día en hilachas de angustia, malviviendo, sin casa, sin raíces, sin amor.

.....

La tarde caía lentamente, en la borrosa luz se esfumaba el paisaje, se perdían los contornos de las pilas de durmientes y de los eucaliptos bordeando la cuneta.

La pitada del "mixto", sacudió el vecindario.

Y cuentan que Barrozo caminó despacio, como siempre sonriente, contempló el cielo con las primeras estrellas y la luna de plata, testigos infinitos en la quietud y el silencio.

Otra pitada en el disco, y su paso regular al encuentro del tren. Un centenar de metros y otra fuerte pitada. Desgarrando el aire un grito múltiple brotó de las entrañas mismas del pueblo, rebotando en las paredes en un eco sordo, pavoroso.

Barrozo, sonriendo recibió el haz de luz que lo iluminó completamente y sereno se dijo para sí, esto no es la muerte, es la vida, la luz, la paz al fin .

Adriana Ale



“SÍ MAMÁ”

Fue hermosa su vida, debía reconocerlo hoy, que le llegaban ráfagas fragantes de la linfática; sólo que en lo mejor de esos días, cuando comenzaba a madurar, cuando fumó el primer cigarrillo robado, se dio la primera afeitada o brincaba su corazón al ver a Rosita, debió alejarse del pueblo.

Gustavo llegó junto a sus padres en aquel verano, el de la gran cosecha. Venían de la ciudad, su padre como nuevo gerente de la fábrica de quesos, su madre muy europeizada fabricando bisú, a regañadientes ya que suponía que allí no habría "¿a quien frecuentar?"; por la salud del niño, con su desamparo melancólico, pálido de departamento, saturado de mimos y aconsejado por el médico amigo se fueron a vivir al pequeño pueblo con aire de campo.

- Gustavo, cuidá las medias blancas, que no se te ensucien.

- Sí Mamá.-

- Gustavo, no me gusta el hijo del cambista, no tiene buenos modales, prométeme que no jugarás con él .

- Sí, Mamá.

El muchacho pronto se hizo amigo de los chicos. En el pueblo la gente se dividía en dos: los grandes y los chicos. Estos solían andar en bandadas cazando gorriones con la gome- ra, sentados uno al lado del otro, las piernas colgando en el puente viejo o empujándose sin ton ni son al paso del tren de pasajeros.

- Ya sabés Gustavo que aquí sólo estamos de paso, en cuanto mejore tu salud nos vamos a la Capital. Merecés un buen colegio, buena casa, buenos amigos.-

- Sí Mamá, -obediente respondía Gustavo, resignado, mientras la señora escudriñando el futuro, imaginaba a su hijo empresario, triunfador, casado con alguna bella muchacha de buen apellido.

Corrían los almanaques y poco a poco al niño se le coloreaban las mejillas; una sombra en el bozo y la inquietud en su espíritu anunciaban su adolescencia. A menudo salía a caminar sin rumbo ya que su madre no le perdonaba que hurgara en sus dominios, donde ella fantaseaba enhebrando collares y engarzando piedras. Generalmente desembocaba en el andén, seguro de encontrar allí a Rosita. En los últimos tiempos una confusión lo invadía, unida a tantas otras.

No sabía a ciencia cierta, si la compañía de la muchacha le producía placer por ser tan amigos, o eran muy amigos porque sentían cierto placer.

La mirada de Rosita, color cielo, su casi transparencia, esa pelusita dorada que bordeaba su nuca, la manera sencilla de demostrar sus afectos, le regalaban una fiesta a sus sentidos. Por entonces solían sentarse bajo los sauces a leer. Cosas muy variadas pasaban por sus manos, desde Salgari o Jorge Issacs a Juan Ramón Giménez, o Alberti o Lorca... Gustavo sentía verdadera pasión por la lectura y había sabido contagiar a su amiga. -Estudiaré letras, Rosita, ya verás, seré escritor.-

Cierto día, luego de muchos encuentros, a veces solos, a veces con los otros chicos, caminando por la vía, sin nada que hacer, sólo coleccionando crepúsculos, de pronto se vio de la mano de Rosita, y sin querer la noche se les echó encima.

Solos, ellos y el tren a la distancia desapareciendo en la niebla del horizonte.

A Gustavo le vinieron a la memoria los consejos de su madre: - No te aferrés a los chicos ya sabés que aquí sólo estamos un tiempo, ya tendrás mejores amigos.-

- Sí Mamá.-

Y comprendió en ese preciso momento que nada agota tanto la fuerza interior como lo transitorio.

Y con la voz enronquecida por la primera emoción compartida le susurró al oído:

- Nadie podrá separarnos- y sintiéndose cautivo por una promesa, acarició la mejilla de la niña, enfilando lentamente hacia su casa.

Como estaba previsto, un día los mayores partieron del pueblo, y con ellos Gustavo, por supuesto. Fue el primer desgarrón que le dio la vida. No quiso despedirse de los chicos, menos aún de Rosita. Subió al coche de sus padres, con el agudo dolor de quien pierde a sus amigos, tal vez para siempre; al pasar la estación volvió la cabeza por última vez y sólo encontró polvo y eucaliptus. Allí había sido tan feliz, que así quiso dejarlo, como soñando.

La Torre de la Ciudad, cuya mole de cemento se escarpaba hacia el cielo sólo era habitada por oficinas, bancos, financieras, casas de cambio. Los lunes por la mañana comenzaba ese ajetreo, ese ir y venir de los cientos de personas que allí trabajan, o clientes o extranjeros pululando en pos de negocios. Parecía el revoltijo de un hormiguero. Cada hormiguita con su Movicom, su secretaria y su realidad virtual. Eran hombres y mujeres de éxito, sabían a dónde ir. Allí, muy alto, en el piso 22 tiene el estudio el Dr. Gustavo Pérez del Cerro - Economista.-

Es viernes por la tarde, la hora más grata de la semana; Gustavo en su mullido sillón gira su cuerpo hacia el ventanal donde se divisa el río fragmentado por otras altas torres, imparte las últimas órdenes a sus empleados, despacha algún fax, llama al Club pidiendo hora para el día siguiente, en la cancha de tenis, también solicita un turno para el sauna.

Comienza el ritual semanal: ordena su ataché, está todo, la agenda, las tarjetas de crédito, la chequera, el carnet del Club, los chocolates para Dolores...

Despide a su secretaria, debe llamar a su Madre todos los días y para eso necesita está solo. La muchacha se marcha sin ruido alguno, la moquete amortigua todo sonido.

- Hasta el lunes Dr.

- Hasta el lunes Graciela.

- Buen fin de semana.

Se oye el taconeo en los pasillos, mientras se van apagando todas las luces. El hormiguero poco a poco se va aquietando.

- Hola Mamá! -Hola cariño, cómo estás, cómo has pasado el día. ¿Llamó Dolores? - Con modales corteses, educados se van saludando, mimando, pasando el parte diario.

Gustavo debe reconocer, su Madre lo guió hasta donde hoy está. Lo envió al mejor colegio, lo rodeó de los amigos más encumbrados, lo estimuló hasta obtener el Doctorado en Economía y no paró hasta verlo casado con la mujer más linda de la ciudad, heredera de un valiosa fortuna. Siempre le repetía, haceme caso Gustavo debes ser triunfador no lo olvides; los vencedores son siempre los que manejan el mejor auto, los que meten más goles y se casan con las mujeres más bellas.

- Sí Mamá.-

En estos días Dolores, su mujer, estaba descansando en Punta del Este con unas amigas. Mañana sábado Gustavo tomará el vuelo del mediodía y regresarán juntos el lunes. De ahí su dulce manía de sorprenderla con un chocolate. Apuró el paso, ya la torre era toda negra, las luciérnagas de las ventanas cerraban sus ojos, tomó el gran ascensor solo, echó una mirada al espejo mecánicamente y corrigió su corbata. Fue sólo un segundo de inquietud, se apagó la luz y simultáneamente se paró el ascensor. Esperó, esperó, maldijo las privatizaciones, que esto es una barbaridad. Trató de no enfurecerse como le había enseñado su mamá. -Ya se solucionará.-

-¡¡Ascensor!!

Pasaban los minutos y nada. Sintió por dentro todo el silencio del mundo.

-¡¡Ascensor!!

No quería pensar en lo peor. Debió aflojar la corbata. Comenzó a caminar en redondo temiendo explotar.

¡¡Ascensor!! Por Dios, atiendan, estoy encerrado!!

Era un estado de desconcierto al que nadie traía respuestas. Su corazón empezó a galopar, cuanto más pensaba, más fuerte latía. Terminó por rendirse a los hechizos de la realidad. Se había demorado demasiado y la vigilancia de la Torre cortaba la corriente los viernes por razones de seguridad y no regresaba hasta el lunes. ¿Es que había quedado encerrado?. Buscó a tientas su Movicom en el ataché y recordó enloquecido que había quedado olvidado sobre el escritorio. Temió que aquel estado de confusión lo enloqueciera. Gritó, gritó con todos sus pulmones, y se aguaron sus ojos.

Fatigado, shockeado e impotente se afirmó a la pared y se deslizó hasta quedar sentado en el suelo a esperar.

Lloró, lloró como un niño. -¿Mamá, Dolores, mis amigos, donde están?- Comprendió lo irremediable, había quedado atrapado y quedaría así hasta el lunes, a menos que alguien lo buscara. Pero acababa de despedirse de su Madre, su mujer en Punta del Este. A nadie más le preocuparía su ausencia. Tirado en el suelo, solo, él y sus pensamientos. Nunca me pasó nada igual. Yo que fui siempre tan equilibrado, tan feliz -¿Feliz? -Y lentamente empezaron a pasar imágenes como en una película, con la lucidez perversa de las nostalgias, y volvió a recorrer su vida desde la niñez. Pasaron las horas y tuvo todo el tiempo para recordar.

¿Donde estarían los muchachos? ¿Se quedarían en el pueblo? ¿y Rosita?. Nunca volvió a verlos. Qué lindos recuerdos. Tan lejos todos, no sólo de distancias sino de estilos. Yo estudiando, ellos trabajando, yo en Económicas... y súbitamente se puso de pie y en la perfecta oscuridad gritó como ante una multitud: ¿Qué mierda hacía yo en Económicas?. Y letras y Machado y Lorca, por qué los abandoné?

Se golpeó las sienas con los puños. El resultado fue turbador. Lo habían dirigido siempre, habían resuelto por él, todo, la vida, la carrera, su mujer. El sólo supo obedecer. Demasiado Sí Mamá.

Horas y horas de desaliento, de insomnio, de dolor, perdió la noción del tiempo; tuvo hambre y a tientas encontró los chocolates de Dolores, tuvo sed y sudores de miedo. Al amanecer no pudo soportar la ansiedad que su cuerpo exigía y se abandonó al placer de desagotar su vejiga en un rincón del ascensor.

Dormitó y soñó con trenes y crepúsculos dorados. Pasaron las horas y esa oscuridad y ese silencio que lo envolvían le sirvieron no sólo para recapitular su existencia, sino para prometerse que si salía vivo

de esta desgraciada experiencia, muy otra sería su vida de aquí en más. Aún no era demasiado tarde. Si no enloqueció de desesperación fue por su resuelta determinación al cambio. Se sintió por primera vez dueño de sí mismo y se reconcilió con su pasado.

Con los pulmones colmados con un aire de libertad, pese al encierro que le devolvió el sosiego y la voluntad de vivir.

Sus intestinos también quisieron liberarse e impotente y asqueado de sí mismo, dio rienda suelta a tamaña desdicha, viéndose salpicado de sus propias miserias.

Más horas pasaron y más cerca de la locura que de la lucidez, ojeroso, despeinado, impregnado de sudores y orines rancios, comenzó a reconocer ciertos ruidos.

Se encendió la luz. Era lunes en todas partes. Encandilado miró en el espejo y no se reconoció. El ascensor comenzó a funcionar. Al llegar a planta baja una multitud hacía cola. Atravesó el gentío como quien corta un queso, enfiló al subsuelo en busca del coche. Ya en su casa bebió una taza de café hirviente y se sumergió en el baño; con esponja y jabón refregó hasta los huesos.

Pocas horas más tarde, portando un bolso elemental llenó su tanque de nafta y enfiló hacia la Ruta 5.-



## EL CAMINANTE

*Tiempo de Trenes - 50*

**E**s alemán, de edad indefinida y se llama Federico. Está sentado junto a la alcantarilla, oculta por el follaje, aguardando la salida del sol, gime apagadamente y necesita saciar esa sed como de siglos que le quema la garganta. Las manos rudas acarician su cabeza suavemente y chocan con ampollas y costrones quemados. Siente sobre él la libertad como un peso insoportable.

De nada sirve huir de esos canallas, si sólo es un ser apaleado e inútil.

La luna se ha levantado hace ya mucho tiempo, trata de incorporarse tras fallidos intentos y hunde sus pies en un lecho de hojas y barro. Una mueca de dolor le ladea la boca y ve un cielo que se esconde en el horizonte y algo tibio crece dentro de él sintiendo el delicioso calor de un rayo de sol.

¿Qué hora será? - ¿Cuánto hace que estoy aquí? ¿Cómo empezó todo? Fué ayer se dijo a sí mismo. Como otras tantas veces. En son de broma. Sólo que hoy fueron demasiado lejos.

Federico lo sabía; al principio lo recibían con abrazos juguetones y sonrisas de benevolencia. Cada tanto aparecía, su oficio de caminante lo llevaba lejos por senderos perdidos. Había aprendido a estar días solitario y callado, de estancia en estancia, caminando tras una nube desflecada o el volido de un ave en el alfalfar. Esa era su vida, luego de haber quedado solo, alguna changa al pasar le alcanzaba para un par de alpargatas o unas batarazas, un trozo de carne o de galleta, un jergón en el galpón donde descansar sus huesos no le negaban en ninguna parte, a cambio se ofrecía servicial y presuroso a rastrear un patio, hachar leña o podar el cerco.

Ayer tarde nomás, llegó al Potrillo Oscuro, hermosa estancia pampeana, cuando la peonada se preparaba al descanso.

Unos amargos circularon en la rueda, mientras la grasa del cordero en el asador chorreaba crujiendo a consumirse en las brasas. Más cerca de la cena se agregaron, el dueño de casa, pícaro mocito, y un grupo de amigos que acababan de probar un potrillo de carrera.

- ¿Cómo te llamás? - Interrogó altanero el patrón.

- Federico- Respondió lacónico.

- ¿Y qué apellido? -

- Ninguno, me lo olvidé, no es importante.

- La gente necesita apellido, amigo, sólo los perros andan por el mundo con el solo nombre.-

A fuerza de huir de las balas, arrastrándose de una a otra trinchera, soportar mojaduras, asociarse con el hambre, Federico se quiso olvidar de la guerra y de sí mismo, de esa tropa aullante que lo acompañó en los campos y que hasta hoy lo ha perseguido a lo largo de la vida, como incansable pesadilla y en vano trata de arrancarse ese horror del alma que flota junto a él como un eco de espanto.

- Soldado Kum, aquí! -

- Soldado Kum, allá! -

En lo concreto sólo ha guardado de aquella época su nombre y el amuleto que lo acompañó y que le colgó al cuello su mujer cuando se despidieron, hace ya tantos años. Hasta su apellido le produce náuseas. Decidió borrarlo cuando tuvo que conducir el timón de su existencia. Ya sin mujer, ni hijos, ni esperanzas. Tomó la huella y ya no la abandonó, el dolor era su dueño, se apropió de su alma y corría por su cuerpo.

Esa tardecita se distendió. Ambiente festivo tenía la estancia. Los señoritos amigos del patrón comían groseramente un trozo de cordero sobre media galleta, imitando a la peonada; alguien abrazó una guitarra. Corría el vino, abundaban las risas. Le alcanzaron a Federico una botella y varias veces bebió del gollete golosamente. Los chistes subían el tono, se oían palabrotas de corsario. A lo lejos las mucamas del chalet, se dejaban ver, deseables, en esa fiesta licenciosa.

Uno de los amigos del patrón le propuso: - ¿Quieres que te corte el pelo Federico? - Le rozó el aliento a alcohol y la risotada fue un latigazo. El caminante también bebido ya, no ejercía su propia voluntad. Comenzaron la tarea, jocosamente, y jugando a la peluquería lo cubrieron con una arpillera y con bestial rudeza, entre todos esos cajetillas le arrancaban los mechones con la tijera de tusar. El patrón diabólico y en su afán de hostigamiento pedía - ¡Más vino! - ¡Más fuerte esa música! - ¡Que brome esa guitarra! -

Federico, ingenuo en un principio, le había impedido desconfiar de las intenciones de estos demonios.

- ¡Aquí viene el champú!

Acude uno de los puebleros presuroso y le empapan la cabeza al pobre Federico con kerosene, que repentinamente sobrio, al sentir el olor, miró por sobre su hombro y se dió cuenta de cuán solo estaba, quiso huir de esos salvajes. Demasiado tarde. Las puntas de las tijeras se hundían en su carne.

Mas tarde atónitos, peonada y puebleros, se hecharían las culpas unos a otros de lo sucedido.

Nunca se sabrá como pasó, estaban todos demasiado borrachos para recordar con lucidez. La confusión reinó en el galpón; la luz del farol refleja los torsos sudados, el pelo negro oliendo a kerosene y estaqueado en el suelo sobre el piso helado y húmedo jadea el

caminante. Lo ataron con sogas y le arrancaron del pecho el amuleto, que era el centro de su vida. Gimió apagadamente, el techo se le acerca como una sombra azulada.

Vió su propia imagen muerta con sonido de guitarra e innobles risotadas.

En pocos segundos, el patrón, diabólico, agazapado, le roza con la punta del cigarro que cuelga de su boca babeante. Su cabeza se transforma en una antorcha, lo alumbran las llamaradas y las cuerdas se le hunden en las muñecas en el intento por zafarse. Le tortura el olor a chamusco, mientras en lo alto la hoguera se adueña del galpón. Federico jadeante busca alivio a sus pulmones y alguien corta las ligaduras de sus manos. Todo allí huele a muerte, boca arriba entre las llamas y un regusto a sangre y carne quemada le hace tomar conciencia de lo grave de la situación. Quiso levantarse y un desmayo, o lo que fuera, no lo dejó ver nada, en un gesto absurdo de animal acosado se yergue y corre hacia el bebedero. Luego trastabillando, deshecho en cuerpo y alma, recorre el boulevard de eucaliptus que lo conduce al camino, y cae o se tira sobre la pelusa verde de la gramilla.

Toda la noche ha estado allí, tirado, a la espera de vivir o morir.

Alguien solidario lo ha llevado al hospital. Agradecido sonríe a la joven enfermera que con un aparatejo llega para comprobar alguna cosa. Sobre la blanda camilla se siente bien por primera vez en horas, y palpa su cabeza y la quemazón, sobre el pelo brutalmente cortado. Mientras se recupera en las mullidas almohadas, la policía ha hecho una razia en "El Potrillo Oscuro", llevándose a los peones, las mucamas del chalet y al patrón y sus amigos.

Estos últimos recuperaron de inmediato su libertad, porque según el Comisario- Esto es cosa de muchachitos, travesuras de pendejos que cuando se críen se les pasará.- Sólo propinaron una paliza a algunos de los peones. Seguramente, los inventores de la joda. E interrogaron a la mucamas con expresiones babeantes, deteniendo los ojos en las caderas de la muchachas.

Tomando el té en el amplio comedor del chalet, el patrón de la estancia y sus amigos y algunos invitados comentan los pormenores del conflicto.

- ¡Estaba linda la farra, redivertida!- Lástima el alemán se mamó y fue a dar con los huesos contra el fuego - ¡Qué bochorno!-

- Eso me pasa por matarle el hambre a esos crotos de mierda.-

Seis meses después, Federico Kum junta sus escasas pertenencias, las acomoda en un pañuelo bataraz, y escuchando el rumor de la naturaleza abandona el hospital y comienza a desaparecer devorado por la arena que se cierra sobre sus huellas sin dejar rastro alguno.

## REENCUENTRO

*Tiempo de Trenes - 54*

**J**oven, bella, cantarina, llevando toda la primavera en su vestido de flores, y con esa candidez peligrosa de la adolescencia, Porota sube al tren con secreta euforia, luego de una lucha tenaz, ha conseguido permiso de su padre para viajar a Buenos Aires.

Meses atrás hizo un viaje acompañada de su madre a la Capital y allí conoció un varón de sus tías, allá en un hermoso barrio porteño.

- Porota, te presento a Seve, un gran amigo!

Y, él allí, atildado, tímido, absorbe su mirada en algún mueble, para no tropezar con los ojos de la muchacha.

- ¿ Por qué no salen a caminar, chicos? - Les ofrece ganchera la tía Teresa.

El barrio frondoso, con casonas señoriales y árboles opulentos los recibe a los dos; ella, abierta, parlanchina, azorada por esa diferencia abismal con su pueblo larguirucho, tejado de hojalata y acompañada por un porteño tan elegante. El, tímido con sus vergüenzas al rojo, saboreando de antemano esta nueva amistad, casi un idilio que le inflama la vida. Van pasando los días y Porota y Seve salen mucho, ambos han encontrado esta forma tan simple de ser feliz, ella habla del pueblo, de sus amigos, de lo distinto que es todo aquí, tan lindo, tanta gente, tantas luces. Está deslumbrada con el estilo de él, siempre de saco, impecable, con finos modales, y goza, embellecida por este amor apenas estrenado. Seve, con su corazón desordenado, se está enamorando de esta flor silvestre que ha venido de La Pampa y que la vida le ha regalado, y seductor se lanza a mostrarle lugares increíbles: desde un museo de arte, hasta un concierto en los verdes de Palermo, o escuchan jazz en un sótano o descubren antigüedades en San Telmo. Aquí y allá el - Oh! de la muchacha no termina.

- Sabés, no me gusta mucho llamarte Porota, ¿ Por qué te llaman así?

- ¿Que sé yo, creo que tenía la nariz chiquita- Ahora lo tengo que aguantar.-

- Y a vos ¿ por qué te llaman Seve?

- Heredé el nombre de mi abuelo Severino, por desgracia.

Las manos juntas, una flor, una poesía, van enmarcando los trámites del amor. La muchacha estaba feliz, atrás, allá lejos quedó el pueblo donde los amigos usan bombachas y alpargatas, hablan fuerte, se cortan el pelo de otra manera, bailan a los saltitos...

---

La madre despide a Porota que sube al tren cargada, en una mano un chanco de regalo para la tía Teresa.

- Mamá, me da vergüenza, se nota la forma de un chanco.- protesta avergonzada.

- Bien lo agradecerá tu tía, ellos sólo comen cosas envasadas, y sabrá Dios cómo están hechas, y envuelto en arpillera llegará bien fresquito.

En la otra mano, la valija, de cartón y sujeta por el medio con un cinto del Abuelo. El llamado de la campana cruza el espacio.

- ¿Chau, chau, escribí, portate bien...!!

El viaje promete ser largo y cansador, a Porota sólo la anima su encuentro con Seve. Cada vez que lo recuerda, compara y decide que nunca podría llevarlo al pueblo.

- Si lo vieran, el Ruben, el Juan, la Pepa, seguro se reirían de él- Piensa la muchacha. No entendería que Seve fuera así, tan fino, tan elegante, casi un tímido marica. Y está tan enamorada que cree que ha llegado el momento de jugarse. Después de varios intentos de Seve, esta vez con el reencuentro está decidida a ofrecerle el trofeo de su virginidad.

Los compañeros de viaje, hombres y mujeres prematuramente envejecidos, yacen recostados contra las paredes del tren roto, descansando, algunos vienen comiendo desde el inicio del recorrido. Abren sus canastos y sacan salames caseros, empanadas, trozos de queso y galleta; alguna botella envuelta en diario, simulando el contenido. Otros desgranaban compases en una verdulera acortando el viaje que parece durar años. Hace calor, mucho calor, Porota ha subido al tren fresca, la piel blanca como leche, ya que en el campo no ha llegado la moda del bronceado, con vestido liviano y sandalias breves; pero en pocas horas se va ajando, en los baños ya no queda agua y por el hueco de las ventanillas carecientes de vidrios se cuele un polvillo negro de pasto quemado que se va depositando en los rostros y la ropa de la gente dándole una apariencia fantasmal.

Frente a ella un muchachito graba tenazmente en la madera a punta de cuchillo un corazón abrazando unas iniciales. Más allá dos chiquitos corren carreras por el pasillo, un viejo sordo oye un partido de fútbol con la transitoria pegada a la oreja y un hombre gordo cabecea un sueño con un escarbadientes, resabio de la comida, que amenaza caerse en cualquier ronquido.

Dentro del vagón el aire enrarecido se ha vuelto como de corcho y en el campo se ve las resquebrajaduras de la tierra blancuzca de salitre y ausencia de agua.

Durante horas las ruedas del tren trajinan por espacios interminables entre un pajonal y otro, una estación perdida o un pueblito solitario, cubierto de maleza con su gente condenada a vivir de pie en la arena.

Todo el mundo tiene algo que hacer, bajar las valijas, despedirse del vecino ocasional, regar las vías con los últimos "humores amoniacales". Porota, después de tantas horas luce cansada, su ropa arrugada, las ojeras marcadas de tierra, junto al resto del pasaje, más que turistas parecen sobrevivientes de alguna catástrofe. Resuelta baja del tren en busca de su amor, tratando de recomponer su persona, o lo que queda de ella, en una mano lleva la valija de cartón sujeta con el cinto del Abuelo y en la otra el chanco para la tía Teresa, envuelto en arpillera. Y allí esperándola en medio del gentío está Seve, como siempre tan tímido, tan novio, de impecable traje blanco y con un ramo de rosas en la mano.



¿POR QUE ?

T ran - tran, parece que el ruido que hacen las ruedas del tren me golpean en la cabeza.-

¿ Por qué?; ¿por qué me pasaron tantas cosas que yo no quería?... Si al menos alguien me pudiera contestar. ¿ Por qué tuvo que venir doña Mercedes a Santiago del Estero y encontrarme justo a mí?; ¿ por qué mi mamá me dio si yo sé bien que me quiere mucho?, si tenía una pena grande que le salía de adentro, como si se le acabase de morir el alma. Cuando se despidió, con esos ojitos negros brillando de humedad...

Y ahora estoy acá, de vuelta, otra vez triste, con una tristeza distinta, como más madura.- Estoy con mi cabeza apoyada en la ventanilla, son los postes los que se mueven, yo estoy quieta, los ojos sin ver, sólo pensando, como si todo ese recuerdo que tengo en mi cabeza fuera de otro y en esa carrera de postes y de alambrados o vacas que corren, yo no fuera yo, ni la Gervasia ni la Zapata; si ya no sé quién soy, y ni ganas me han quedado de volver. Yo, que había llorado tanto por volver a ver a mi mamá, ya se me han ido de golpe todas las ganas.-

.....

- ¿ Cómo te llamás, chinita ?.-

-Gervasia.-

-¿Qué?, Gervasia, qué?.-

- Gervasia Zapata-

- ¡Ay, Dios mío, qué nombre! Gervasia es muy raro, te llamaremos Zapata, es más fácil.-

Así, de repente, empezaron a llamarme Zapata. Hasta me hicieron olvidar de mi nombre. Si no es tan raro. Será que estoy acostumbrada. Sólo aquella señorita odiosa, que en la escuela me llamaba también Zapata.-

Me daba vergüenza llamarme Zapata, y cuando cruzábamos la plaza para ir a misa, tenía que llevarle un almohadón y ponérselo a Doña Mercedes en el reclinatorio para rezar, y quedarme paradita al lado; también sentía mucha vergüenza. Mirá qué fina la vieja, si con mi mamá y mis hermanos, también íbamos a rezar a la gruta, allá en el cerro; le pedíamos a la Virgen que no nos faltara la comida, que volviera con plata mi papá de la

cosecha en el sur, que lloviera...; pero nos arrodillábamos así nomás, en el suelo, y cuando nos levantábamos, teníamos rayitas en las rodillas.

Y acá en el pueblo me hacía poner la mantilla desde la casa y todos miraban pasar. Ella también se la ponía, pero de encaje negro y se le ve el pelo blanco debajo, tan brillante y tan fino, con una peineta con botoncito que brillaba al sol y en la mano el misal de cuero, con el rosario enganchado adentro, que me contaba, había sido de su abuela. ¡Qué viejo sería!- Pero yo con esa mantilla cosida no sé en cuántos lados, la pollera por allá abajo y los brazos cruzados sobre el pecho, abrazando el almohadón, no sé qué parecía.- Siempre me hacía caminar con los brazos adelante.- Se te notan los senos Zapata, mejor tapalos, así no te miran los hombres.- Pero yo, si hacía algún mandado sola, bien que movía los brazos a los lados.

- ¿Qué tiene de malo, me pregunto yo? - Mi mamá nunca me decía esas cosas. ¡Ay, ay, para qué me acordaré de ella, si me da como una electricidad de ganas de verla!

Yo sé que ella me dio a Doña Mercedes, porque no podía darnos de comer. Todo el día cazando alguna torcacita con la honda, o juntando higos de tuna o vendiendo quesillo de cabra al paso del tren. En la noche nos metíamos temprano en la cama para no acordarnos que no teníamos cena, y nos contaba cuentos ó leyendas, de la urraca ó del cho. hui y nos prometía que en la mañana nos iba a hacer mazamorra, así hasta que nos venía el sueño. Todavía siento el olorcito de su cuello bajo las cobijas.

.....

Y ahora estoy con Doña Mercedes; ella me pidió sólo para compañía; pero hago de todo: lavo la ropa, la plancho y limpio esa casa tan grande que es toda una complicación, con pisos y entresijos, para arriba y para abajo, con sótanos y balcones y un patio de baldosas para ir al jardín con magnolias y limosneros, también hay un nogal con el tronco cubierto de madreselva, y los tapiales no se ven de tan espesa que está la hiedra; entonces con tanta sombra, ni siquiera le entra el sol. Yo pregunto: ¿para qué quiere Doña Mercedes tanta casa para ella sola, por qué no hizo un poquito más grande mi piecita, o al menos le hubiera puesto luz, o un ventanuco de vidrio; si cada vez que busco algo, o a tientas, o prendiendo la vela; de yapa, tengo que cuidarla, sólo me da una cada domingo; y hasta el otro, si se me acaba, a lo oscuro.-

Cruzando el patio se suben tres escalones y se llega a la cocina que tiene un balcón de cada lado, también con helechos y camelias. Lo que pasa es que a la vieja... perdón, Doña Mercedes, le gustan mucho las plantitas, y con una regadera está las horas mojándolas, sacando hojitas secas que tira al suelo y cascotitos o florcitas viejas, total, después:- Zapata, levánta esto!-

A veces, llega el Chango, el nieto, es mocito ya. ¡De lindo! Con el pelo rubio y la piel casi morena, con unos ojos... ¡Ay, madre mía! Parece agüita del arroyo. Lo miro de reojo, porque me da vergüenza, digo, si él viera que lo estoy mirando... Si se arrima desparrama un olor a fresco, como a recién bañado con jabón fino, que me hace poner nerviosa.-

Bueno, sigo con la casa, que es muy grande, con salones altos y cortinas pesadas, tiene espejos hasta el techo y yo me veo chiquita, con esa polleras largas que parezco una vieja.-

Las ramas del nogal pegan en la ventana - yin, yin -, como musiquita. Y entra un olor lindo como a madera y flores recién cortadas. El piano negro con candelabros a los costados, tiene cara de aburrido, porque nadie lo toca. Hay dos butaquitas de terciopelo y un sillón muy alto.

La mesa es grande, con muchas sillas, tantas que si vinieran mi mamá mis hermanos a sentarse, todavía sobraría lugar.- La alfombra es tan gruesa, que no se oye cuando camino, ó mejor dicho cuando me escapo.-

Es que a veces, Doña Mercedes reza el rosario en el sillón, y: -Vení acá Zapata, a dar gracias a Dios `por todo lo que te ha dado- Y yo digo ¿qué gracias? - ¿por las sobras de comida que me da la vieja, por salir sólo a la iglesia a llevarle el almohadón y ver cómo las otras chinitas pasean con sus novios por la plaza, o por la vela que me da el domingo, o por los mimbrazos por la cabeza si algo me sale mal. Por qué tengo que dar gracias a Dios?.- Más vale me escapo en puntitas de pie, si con la alfombra no se siente. Demasiado la aguanto en la Iglesia cuando el cura se mueve de aquí para allá con su capa blanca de hojas doradas y en el medio una cruz, desparramando el incienso; y yo veo la carita de la Virgen, mirando hacia el cielo y más me acuerdo de mi mamá y me pongo triste, con una pena grande que parece que sale de un pozo grande de la pena.-

Tran-tran; Tran - tran-. Si al menos me durmiera hasta que llegue a Santiago, todavía no sé qué le diré a mi mamá; cómo fue, cómo pasó todo. Tan tranquila que yo estaba en la piecita, aprovechando que Doña Mercedes había ido a tomar el té con una amiga, y de repente se me apareció el Chango en la puerta, entre el jazmín y la madreSelva, lo ví más lindo que otras veces, dorado del sol y con esos ojos tan verdes que parecían agüita, pero no sé qué le noté en la mirada, como de mala intención que me corrió una cosa por todo el cuerpo.- Me dí cuenta que no se traía nada bueno, no sé, la mirada, una sonrisita diferente, y así sin más, ni más; me tiró sobre la cama, del susto creí que me moría.-

-¡No, niño, no; déjeme!- Y luego entré a defenderme como pude, con uñas y dientes, y ese pelo que antes me parecía tan lindo, se lo tironeaba con todo. Cuanto más me defendía, él más fuerte, a los tirones, yo mordía, y él a cachetadas, y él subiendo mis polleras y yo: ¡qué suerte que son tan largas!

Y queriendo gritar, y el Chango con su manaza tapando mi boca, y más mordiscones y rasguños y patadas, pero cansada y llorando de rabia; me costaba respirar, como a los peces cuando los sacan del agua. Hasta que ya vencida y humillada me fue aflojando, sin fuerzas, dolorida por dentro y por fuera, sintiendo el peso encima mío como una trampa.-

Seguro, satisfecho, abrochándose salió el Chango de la piecita y con una risita sobradora se fue por el jardín.-

Yo, que casi nunca había llorado, me eché a llorar como si no fuera una mujer.

.....

Sin hablar con nadie, junté los pesitos de mi sueldo y salí caminando para la estación.-  
Ahora estoy acá, más muerta que viva. Tran-tran; tran-tran; sólo duermo de a ratos,  
con un dormir inquieto, soñando con los cerros, el arroyito, y el calorcito del cuello de  
mi mamá. Y con un cansancio antiguo que me pesa como de toda la vida.-

## DESPUÉS DEL VIENTO

*Tiempo de Trenes - 64*

**E**l dormitorio tenía las persianas cerradas a esa hora de la tarde, en Noviembre. La penumbra daba el silencio y la frescura de un bosque en primavera, un buen lugar para llorar. La muchacha se sentó al borde de la cama y trató de ordenar sus pensamientos. ¿Habría sido otra pelea más?

Últimamente eran tan seguidas que se enlazaban unas tras otras casi sin interrupción. Ambos estaban encerrados en un círculo del que no querían o no podían salir; su marido perseguía a otras mujeres, ella le reprochaba su actitud y su carácter se agriaba de día en día. El la encontraba díscola y salía en busca de amores más cálidos y complacientes en un círculo malsano.

En los últimos tiempos ella había envejecido de golpe y vivía casi siempre en soledad. Pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su casa o deambulando por la vía, sola con su alma, sin explicar su desazón. Las eternas discusiones cambiaban el humor de ambos. Ya no se sentaban horas y horas en el banco del andén, como antes cuando soñaban este tiempo de hoy, viviendo en la estación, sintiéndose los dueños de la playa, las vías, la gente que la caminaba, la campana que marcaba con su son, en horas felices la partida del tren.

Hoy está allí sentada, sola, ansía un poco de lluvia, que mitigue el bochorno de la tarde. Los animales ansiosos, balan en el corral; su lanudo perro blanco corre intranquilo ante ese color raro que tomó el sol, como anunciador de un mal presagio.

Don Ernesto, cruza el andén con paso vivo.

-Vete adentro muchacha, se viene fea la tormenta.-

Era un viejo albañil italiano, que conservaba desde su inmigración a La Pampa ese eterno chaquetón de cuero, su gorra y su toscano. En las noches jugaba en el boliche con otros europeos, veteranos de la guerra, al tute, tomaba vino tinto y podía pasar la noche entera sin dormir, con las barajas, sólo levantándose a aliviar su vejiga de hora en hora, despidiendo su amoníaco sobre los malvones de la bolichera y volver a la mesa de tute, de vino, y de nostalgias de Italia.

Sin acortar el paso y preciso en su observación le dice a la muchacha. Se parece a la tramontana. Corre, asegura las ventanas y quédate adentro-. No hubo que esperar mucho, don Ernesto había hecho sólo un trecho y comenzó un silbido que se fue haciendo cada

vez más intenso. Entonces llegó el viento, primero en ráfagas que la hacían estremecer, y luego ya sin interrupción. Corría sola por la casa.

¿Dónde estaba su marido? - ¿Se habría refugiado en alguna parte? - Sola no podía con todo, sostenía un colchón sobre la ventana grande y oía que caían árboles en su vereda, se sentía al límite de la zozobra, alguien gritaba quién sabe qué, algún coche bramaba veloz, y las chapas de los techos chocaban por el aire. Aquel fragor babilónico no parecía de este mundo, jamás había estado más asustada.

- ¿Dónde estás mi amor, porque no venís?, se preguntaba. Pensó que caería alguna pared, que volaría el techo y ella allí sola, moriría. Se aterrorizó. No lloraba, el pánico no se lo permitía, sólo se preguntaba.- ¿Por qué? ¿Es que moriré aquí sola? - Estoy lejos del hombre que amo; ¿por qué yo?.

El viento no daba tregua, los ruidos de árboles, chapas, latas, todo lo movable volaba por el aire en un baile sobrenatural. Un trueno gigantesco estremeció las paredes, comenzó la lluvia, más no como ella la deseó en la tarde, lenta, fina, refrescante, sino con chaparrones de diluvio, a baldazos caía. Miró por los vidrios que daban al patio y vio sus sillones y macetas por cualquier parte; paredes vecinas, sobre su casa.

Un bulto grande apareció por la entrada, un hombre envuelto en impermeable, gorra y botas, venía a ver como estaba. Era un vecino. No tenía idea del tiempo transcurrido, horas, minutos, daba igual.- Ha muerto Juan Pedro - anunció lacónico - Del susto, seguro, cayó en medio del patio. Si Ud. está bien nos vamos con su marido al pueblo, para avisar a la familia y traer el cajón.-

Ella, bien. Si sus piernas no la sostenían, si no había podido articular una palabra, si ni siquiera podía llorar, si todo lo que la rodeaba eran escombros, barro y desolación.

Con sus ojos salidos de las órbitas obedeció al destino, y como pudo, saltando obstáculos llegó a la cocina oscura y se hizo un té.

.....

Los hombres salen luego de los apuros del caso rumbo a la funeraria y al teléfono allá en el pueblo a 50 Km. A su paso todo es muerte y desolación, innumerables molinos por el suelo o en inclinada ubicación, dando una perspectiva fantasmal, centenares de árboles interrumpiendo el camino, el agua cayendo a baldazos sobre el parabrisas. Todos los alambrados por el suelo, y tropas de animales balando por todas partes en una mezcla de potreros irreconocible.

Papeles, miles y miles de papeles, cuadernos, rastros de libros pegados sobre los árboles caídos, alambres, o flotando en las cunetas. Son los únicos vestigios que quedaron de la

escuelita rural que se la llevó el viento. A varios kilómetros aparecieron luego el pizarrón, un escritorio, algunas chapas y jirones de guardapolvos. Por fortuna sus dueños ya no estaban a esa hora en clase. La escuela dejó de ser el mojón que señalara el cruce de los caminos.

---

En torturada soledad, sin luz, desorbitada y sin dormir, la muchacha esperó el amanecer. Había llovido toda la noche, y a esa hora enfundada en un viejo impermeable, salió a la calle. No podía creer lo que veía. El pequeño pueblo, ya no era más. Le pareció que la habían trasladado a un lugar desconocido. Árboles en medio de la calle, un lavarropas flotaba en la cuneta, chapas por todos lados y vecinos callados, de brazos cruzados, igual a ella, caminando por el barro, atónitos, evaluando tamaña desolación. Sólo miradas entre sí. ¿Qué podrían decirse?. Todas las casas se habían averiado, algunas con las ventanas colgando, o sin puertas, otras con medio techo, la cornisa en mitad de la calle. Se agachó a recoger una flor que inexplicablemente flotaba incólume en un charco. Su casa, su tan querida casa, fue la única intacta en el balance final. El material era más fuerte, su construcción fue prevista para los fragores del tren. Volaron los letreros, las pichoneras, el banco estaba caído, pero las paredes, el techo, sus puertas estaban igual.

Como si algo o alguien hubiera detenido el viento al borde mismo de la casa.

Levantó la vista y lo vio llega. Era su hombre, casi un día separados y en un momento así. Avanzó mojado, con las ropas embarradas, sin dormir, agotado y con el dolor de perder a su amigo. En rápida mirada vio a su mujer con él, de vuelta de la tragedia, pero en pié.

La contemplo en medio del barrial, jugando distraídamente con la flor que recogiera minutos antes, las ojeras marcadas del dolor, el pelo revuelto e intuyó que esa criatura era suya y era lo más limpio que había tenido en su vida y que hoy a pesar de esa sórdida realidad o tal vez precisamente por eso amarla era su destino. Cualquier mujer podía encender sus sentidos, pero sólo ella hacía latir su corazón.

Lentamente, sin una palabra, la tomó de la mano y mirando sus ojos, caminaron hacia la casa, dejando atrás la desolación.



## PARTIDO DE TRUCO

*Tiempo de Trenes - 68*

**S**erafín Aldehuelo, un español petiso y cejijunto, termina los últimos detalles de su atuendo de mozo, y balanceándose sobre sus cayos plantales levanta la persiana del viejo bar. Todo huele a tabaco, aunque nunca fumó un cigarrillo, tantos años de oficio le regalaron ese aroma inconfundible.

Tenía el origen genético de algún antepasado navegante que le había transmitido la invencible nostalgia del mar. Hacía años ya había decorado el salón, colgando en la pared antiguos cuadros desteñidos por el tiempo; un tío político cargado de condecoraciones, un cazador de grandes bigotes y escopeta de dos caños y un abuelo cejudo como él, con pantalón de pana y zuecos de madera, mirando hacia el futuro con altivez, y de fondo el mar, siempre el mar, poblando sus añoranzas del Mediterráneo.

Reinaba el bar sobre una esquina del pueblucho pampeano, donde el tiempo se había detenido y la geografía se desbordaba en arenas y cardos rusos, próspero en los tiempos del ferrocarril y agónico desde el auge de las rutas.

En la esquina, bajo el farol único de la cuadra, una luz confiada reúne a los cascarudos, bailando la danza de la noche, desparramando su hedor.

Los parroquianos van llegando de a uno, como desgranando esa vieja costumbre que les ayuda a descargar las tensiones cotidianas, arrastrando sus pies, sin apuro alguno, todavía con el escarbadiantes en la boca, resabio de la cena. Esa cotidianeidad tiene ya muchos años y nunca se preguntaban el porqué de esa fidelidad a ese mísero boliche. Allí el café no es muy bueno, la cerveza nunca está bien fría y los maníes del vermouth tienen un nostálgico sabor a humedad. Es más fuerte que ellos mismos, sencillos hombres de pueblo, la costumbre de juntarse en el bar. Allí discuten sobre política, mujeres, fútbol, o el truco circula entre ellos, entreverando puntos cardinales.

Ahora mismo en la mesa, bajo el cristal de la ventana, enturbiado por la suciedad de las moscas, se ha ubicado un cuarteto. Distintas edades, diferente nivel social, no impiden un grato momento de juego.

Viéndolos desde afuera diríamos "gente de pueblo, almas puras, simples, transparentes". Pero a veces la realidad no es sólo como se percibe en la superficie, también tiene una dimensión mágica a veces exagerada, se tiñe de color para romper la monotonía.

De este lado de la mesa está sentado Damián, su sonrisa payasesca inspira piedad y sus ojos tristes desmienten la alegría de sus labios, Bebe y fuma de la mañana a la noche.

- Me hace bien respirar el aire puro de las montañas - dice socarronamente, mientras aspira el humo negro de su tabaco. - Y beber agua fresquita del manantial -, empinando su copa de ginebra. Desde niño había comenzado a trabajar limpiando tuercas en los talleres, y ese cansancio se le metió en los huesos y le afectaba el alma. Acaso sus desventuras, a ese buen hombre vapuleado por el destino, lo llevaban a la autodestrucción. Padre de una prole numerosa, maneja un miserable taller de autos que no le alcanza, tan siquiera para las mínimas necesidades. El único placer es el boliche, algún truco con amigos y la ginebra.

¡ Pobre del buenazo de Damián, todo él y su alma torturada!

- Envido, para empezar suavcito - desgrana Alfredo. Simpático el cuarentón, bromista incansable, siempre con chistes a flor de labios, seductor con las mujeres. Eternamente con algún amor ilícito en su haber. Es casado y con hijos, situación que no le impide dar rienda suelta a su sediento corazón.

- Hay que ser bien macho - dice, basando su muletilla en el tamaño de sus atributos masculinos ( que no se diferencian en nada de los demás, por otra parte) aunque bien sabe que eso no es prueba irrefutable de su virilidad.

Con fabulosa imaginación enhebra historias para salir del paso ante el interrogatorio de su mujer, frágil e improtégida, que sólo con lágrimas pretende cambiarlo. Y si ella le descubre alguna de sus fechorías, vaga él por la casa como un perro apaleado, con el rabo entre las patas, las orejas gachas y una insoportable mirada de súplica.

Y así vive su vida como un péndulo que oscila desde enconos recalcitrantes, hasta súbitas ternuras. Husmeando la madrugada, Alfredo se quema en el fuego de Rosaura, morochona alta, de buen físico, a la que apodan la Paloma y que usa todas las extravagancias confundidas con la vulgaridad, y recalca su maquillaje de luces y colores.

Hoy, para encontrarse con ella, miente, corre, sortea mil peligros y consume su amor hasta que aparezca otra, y no importa si rubia, casada o con pollera de flores ...

¿ Qué pasa por su mente para tanto cambio?

¿ Qué intrincados caminos del alma lo motivan a esa doble vida ? ¿ Qué hay en lo más hondo de su corazón que impiden la madurez en el amor de una sola mujer?. Seguramente, detrás de sus formas de seducción, del arrastre mujeril, hay un ser frágil, desprotegido, recorriendo hasta el infinito los laberintos de su alma atormentada e inmadura.

- Falta envido y truco - exclama Angel Martínez, su voz como sus modales, no son altisonantes. Parco, poco amigo de confidenciar con nadie, rara vez se llega al bar. Prefiere la lectura del hombre solitario, y lleva un pecado abominable cuyo origen ni él mismo puede recordar. Ama sus libros, y a sus hijas. Con Tolstoy, Unamuno, Blasco Ibáñez, vuela lejos. Y a sus hijas las engendró sólo para él.

Cuando pequeñas se rodeaba de ellas en el lecho y les contaba historias de barcos y piratas, de bosques lejanos, de leñadores, y lentamente las conducía a un juego ligeramente incestuoso, donde los susurros y las caricias lo llevaban al paraíso. Pero hay una de sus hijas, María, precisamente, que es su preferida. Desde niña lo arrebató con sus ojos sosegados, y le pedía besos en la nariz y le daba unas monedas para que lo ayudara a bañarse, como a un bebé, se hacía frotar talco y colonia, y tanto se acostumbró a jugar con la niña bajo el edredón, que él mismo la introdujo en los placeres del amor.

Angel es un hombre guapo aún, pese a sus sesenta años, abundante pelo canoso enmarca un rostro rosado, fuerte, sereno y había sobrevivido incólume a dos guerras.

Nadie imagina la tormenta que se debate en su interior, la antítesis de lo que refleja su cara impasible. Justamente hoy María, pura, ingenua, con sus mansos ojos y su agresiva belleza se lo había dicho: - ¡Tendré un hijo tuyo! -.

Y allí está él, en ése bar miserable, dejando que se consuma el ardor de la culpa, tratando de desentrañar los misterios de esa conducta que arrastró por años y mantuvo su conciencia adormilada y que el mismo no supo y no sabe manejar.

Y continúa el juego, todos atentos comparten una cerveza, y ríen, y como en la vida mienten como parte del juego. - Voy allá, compañero - Enrique Tomaselli guiña un ojo a Damián, anunciando un as de bastos escondido, con esto el partido está ganado. Este, el partido de truco; pero ... ¿ y el otro ? ¿ El de su vida ? ¿ El que juega a diario en soledad con infinitas peleas ?

Nada en su rostro transluce esa guerra interior. Tiene aspecto de muchacho bueno, vive solo, y su empleo de pacotilla sólo le permite ese gusto que se da de vez en cuando, un truco en el boliche. Es reservado y buen mozo, un rubio y rebelde mechón habita su frente y una permanente semisonrisa muestra a un ser tranquilo, casi feliz.

Pero nadie en el pueblo ha logrado vencer esa barrera que coloca entre él y el mundo. Ninguna mujer obtuvo su amistad, cuánto menos su amor.

Su permanente taciturnidad impide algún acercamiento. Los muchachos intentan ser amigos inútilmente. No participa de la vida, sólo pasa por ella. Vive en la soledad se su cuarto alquilado, con la única idea que lo hace feliz: el suicidio.

Horas más tarde de éste ameno partido de truco, los restos de Enrique Tomaselli se hallaron dispersos en la vía, al paso del tren de pasajeros.

En una zona de nuestra mente donde se confunden la realidad con el vértigo de la fantasía, nos es difícil tender una mano, o al menos comprender seres infinitamente desgraciados, amparados en la fachada de la gente de pueblo: " almas puras, simples, transparentes... "

## FIEL COMO UN PERRO

*Tiempo de Trenes - 72*

- ¡V! amos Fiel, a casa, ya son casi las doce y hay que hacer la comida!

Don Jaime caminando despacio como todos los días de los último treinta años, y apoyándose en el bastón, toma el caminito viboreante que se ha marcado a través del tiempo y atraviesa la playa ferroviaria. Su perro Fiel le sigue pegado a sus talones y mueve la cola como si entendiera lo que el viejo va diciendo. A fuerza de vivir la soledad de hombre soltero, tomó la costumbre de hablar con Fiel; una bestia sin estirpe, de pelo indefinido con varios colores y un gran astucia, herencia seguro de sus antepasados bastardos. Y lo une a su amo una firme lealtad.

-Ya va siendo tiempo que sembremos los zapallitos.-

- Mirá Fiel, carta de Mallorca, algún pariente se acordó de nosotros.

- Una de estas tardes visitaremos a María.

Jaime es un mallorquín buenazo y muy querido por todo el pueblo. Tiene una quinta detrás de la estación, y por las mañanas cruza la vía con su perro y se junta con un grupo de amigos, jubilados como él, a tomar una caña en el boliche. Es la reunión obligada de los tamberos al regreso de la fábrica de quesos donde llevan la leche, y charlan de sus cosas, bromean, juegan un truco o cuentan sus penas.

Allí también va Juan, el mejor amigo de Don Jaime. Legaron hace ya muchos años desde Mallorca, y juntos también cada uno levantó su quinta. Compartieron las siembras, las carneadas, alguna bronquitis...

María es la esposa de Juan, el eje de ese trío, parece un pollo mojado, con su abrigo ordinario, el pañuelo en la cabeza y los zapatones que amenazan salirse a cada paso y que con sus piernitas flacas pareciera no tener fuerzas para llevarlos.

De tarde en tarde se le ve a Jaime pasar las horas en ausencia de su marido junto a María. Es imposible ignorarlo ya que la presencia del perro ocupando la puerta de entrada, lo delata.

Algún malintencionado, vio en esas visitas un amor ilícito, otros más benévolos aseguran que como Jaime es tan bueno, con esa mirada celeste que de tan pura pareciera vérselo el alma; que ante los requerimientos amorosos, la pobre mujer no supo negarse. Para una mujer simple cuya existencia transcurrió siempre en el pequeño pueblo y no puede imaginar otro lugar en el planeta donde se hablara otras lenguas, o el clima fuera muy cálido o las nieves cubrieran los suelos, la visita de Jaime con sus anécdotas, sus relatos, las historias de la lejana Mallorca contadas ya mil veces, la llevaban a lugares soñados y la ha-

cían muy feliz. Todo el mundo en el pueblo conocían la historia pero tácitamente nadie hablaba de ella. Los dos eran buenas personas y consideraban el hecho como algo estrictamente privado y donde nadie debía meter la nariz. Además con los años el encuentro se hacía solo de tanto en tanto y suplían su falta de vigor con simulación bien intencionada. Era dura la sórdida realidad y ya no querían verse sus cabellos ralos, de penes obligados o de orgasmos fingidos efecto de la decrepitud.

Sólo unas serenas caricias ponían el broche de oro a las visitas ocasionales.

.....

Aquel día fue uno más en el pueblo; como de costumbre Jaime regresaba a su casa junto al perro, se borraban los senderos y el calor del mediodía había evaporado el rocío. En algunas partes el follaje era tan tupido que ambos se perdían a la vista de la gente y el viejo siempre hablando, se le oía como si fueran dos amigos los que por allí caminaban.

Al llegar a la casa, dio vueltas indefinidas sin saber bien que hacer. Estaba desconcertado, sentía un dolor últimamente, y creía había llegado el momento de acudir al médico. Era un dolor inquieto, que se movía; a veces estaba entre las costillas, otras se escurría en el bajo vientre, y a menudo lo sorprendía en mitad de la noche en el centro mismo del pecho. Para mejor esa mañana despertó con un sueño gelatinoso en el cual vio a María con un vestido roto y ensangrentado y tuvo la certidumbre pavorosa que algo malo ocurriría.

Paseó la mirada por toda la casa, tan humilde, con piso de tierra y sólo los muebles indispensables, de madera rústica sin pulir, una mesa, varias sillas de paja y una cama alta con espaldar de hierro. Sus ojos chocaron con un sagrado corazón que alguna vez fue brillante, y hoy se ve tapizado por las moscas. La jaula con su cardenal rojo que siempre dio alegría a la ventana de la cocina, hoy le parece triste, deslucida. Más allá, las provisiones, las semillas y las herramientas de labranza. Y colgando de las vigas del alero unas cuantas sobrasadas, un jamón y dos pancetas, resabios de la última carneada.

Sin saber por qué, esa especie de balance lo entristeció.

La tarde lo encontró contemplando sus vacas con las dos manos apoyadas en el bastón y pensando en la muerte.

Encendió la radio para escuchar el mercado, como lo hacía desde tiempo inmemorial, acarició el lomo de Fiel y cargó su pipa ...

Así lo encontró muerto Pedro, su vecino, a la mañana siguiente, la radio hablando para nadie, la pipa sin encender y Don Jaime caído de costado y custodiado por su inseparable perro.

Todos, todos lloraron su muerte sin acabar de entender la causa de tanto dolor.

Los ritos funerarios fueron improvisados, confusos, al no poder sacar al perro debajo del cajón.

Y al caer la tarde cuando debían partir al cementerio, un aullido de dolor estremeció a los presentes. Fiel tenía en sus ojos un brillo despavorido, se le había roto el alma y

vanamente todos buscaban una forma de ofrecerle consuelo. El que había sido siempre una bestia mansa, tremendamente dulce se había vuelto un lobo feroz y enseñaba sus dientes a quien quisiera acercarse al cajón.

Ni tan siquiera María pudo rendir su último tributo al muerto, allí debió pararse en medio del velorio con su pañuelo en la cabeza, sus zapatones grandes y un raquítico ramito de malvones en la mano, sin darle a Jaime el último adiós.-



## RETORNANDO

*Tiempo de Trenes - 76*

- **A**nimate, volvamos por allá, te hará bien.

Algún amigo me aconsejaba.

- No sé, después de tanto tiempo... De tantas cosas!-

- Por eso mismo. Es mejor enfrentar a los fantasmas.

.....

No recuerdo si era otoño o primavera, pero recuerdo bien que fue una tarde fresca y muy ventosa. Fue muy difícil volver. Volver con la frente marchita, como el tango, buscándola en cada paso, con la esperanza de encontrarla en las asperezas de un tronco en la vereda, o ver sus iniciales grabadas en el portón, o su pollera liviana moviéndose tras el tul de la ventana. Pero lo concreto, el hoy es lo que estoy viendo, y queriendo no escuchar el sonido lacerante del viento, vuelvo el rostro hacia la otra cuadra y veo el espacio brutal que me castiga como un cacheteo. La ausencia de mis sauces con la estación al fondo.

- ¿Dónde están?, ¿quién los arrancó?. Fueron tres sauces llorones cálidos y bellos como ninguno y sus raíces abrevaban en la cuneta del callejón. Por aquellos años lejanos fueron el remanso de mis siestas, mi refugio de lectura; compañeros románticos de la mocedad. Fue el primer impacto emocional de la tarde. Era todo tan distinto, tan fuerte el contraste, esa vaciedad de la calle me abrumba y mis pies caminan sin destino.

Las enredaderas invaden las paredes, los yuyos crecen en las calles sin orden ni forma, las cornisas se van cayendo una a una y los perros vagan dentro de las casas hoy tapera, amos del olvido.

Algún viejo conocido al pasar y mis ojos buscándola en cada rincón.

-¿Qué se hizo de mi estación?, ¿qué le pasó a mi pueblo hoy arrasado por las aguas?

Donde quedó aquel ajeteo de ferias en la calle con barullo de tumulto dónde están sus mujeres vendiendo pollos, el rechinar de los carros, el galope de los troperos llegando de lejos a acampar bajo los sauces, la chiquería con ruidos de sogas de saltar o de rayuelas?

Bordear la estación fue temerario. Treinta años es mucho tiempo.

Acaso esperaba encontrarla allí. Sólo el banco en el mismo lugar, despintado, la balanza, la muda campana sin brillo, la anacrónica salivadera y los pastizales invadiendo el andén. Caminé por las vías, pero debí buscar su brillo tapado por la maleza. Al llegar al letrero,

ausentes casi todas sus letras y las que aún subsistían estaban comidas por el tiempo y la humedad.

Me perdí absorta por la playa recordando aquellos viejos buenos tiempos, los bailes en el galpón de chapa y voy meciéndome con un pasodoble o fumando espero al hombre que yo quiero ...

Sigo cruzándome con viejos conocidos de edad incierta. Me pregunto: ¿Han pasado realmente esos años, o es hoy el ayer?

Desde una ventana pintada de hendijas alguien me reconoce y me saluda con sus rulos puestos, me mira con piedad. Debo tener mal aspecto caminando como tonta en medio de la calle con esa honda pena visible, juntando recuerdos en un manojo como de flores y sentir alrededor sólo hilachas de aquellos momentos en este pueblo fantasma, arrasado por las aguas y donde se barrió todo, hasta los trenes, elementos mítico en la nostalgia de hoy.

Me enfrento a una realidad más siniestra que todas mis fantasías.

No quiero rendirme. Algo, algo todavía encontraré que me vuelva al ayer, el boliche del gallego Fernández, la tiendita de Nina, el chaz chaz del motor de la esquina... Nada, nada, sólo silencio y yuyal.

- Perdón - dije - Me equivoqué de puerta. Una extraña cara me mira indiferente.

Al pasar por la panadería, ya no hay un caballo atado a su poste, hoy encuentro un bote amarrado y para cruzar la calle debí subir un improvisado puente de madera. Los árboles caídos se anudan y pierden sus formas.

- ¿Qué se hizo de mi pueblo deleitoso de olores, mezcla de alfalfa en flor y café caliente?. Hoy huele a humedad, y una pátina de verdín tapiza las paredes. Dónde se fueron los ruidos de mis años felices, abundosos de risas?

Todo es silencio.

Exhausta, derrotada apuré el paso y me refugié en los brazos de Aurora, mi vieja amiga y con un dolor muy antiguo lloré, lloré horas por mi juventud perdida.

Un rato largo junto a ella de charla, cofesiones, recuerdos me fueron serenando. Subí al coche y partí. Al llegar al recodo del paso a nivel volví mi cabeza; calladamente quería decir mi adiós definitivo y mi corazón dio un vuelco: allí estaba ella. Como antes, como siempre, con su insolente juventud, trayendo una ramita en la mano y recogiendo de tanto en tanto alguna margarita silvestre. Con su rostro de niña y su carne firme, aún sin vivir, aún pura, cándida. El tiempo no le había puesto a Proust en sus manos, no había compartido sus días con Ursula Buen día, no había subido al Empire, ni caminado la ciudad de las avenidas. Ingenua con su piel tersa y su pequeña cintura, allí venía hacia mí como antes, como siempre...

Por esa imagen fugaz que sólo duró un pestañeo, valió la pena el retorno.-

**H**istorias que se van desgranando en torno a la magia escénica del andén son las que nos cuenta Elena Auguet en este libro. Es el tiempo recobrado por el santo oficio de la memoria que retorna transfigurado en una escritura que bordea sutilmente la crónica y el lirismo.

La autora reconstruye, con trazos impresionistas, ambientes y personajes, sonidos, colores, perfumes tan recientes y tan lejanos a la vez. La mirada inocente y descarnada se combina hábilmente con el humor que salva lo abyecto y lo redime.

La estación ferroviaria de un pequeño pueblo fue por antonomasia un territorio de frontera, un espacio de cruces culturales, un fantástico observatorio de la condición humana en todos sus registros. Esta experiencia de vida, en la que el dolor y la felicidad se confunden a cada instante, es la que provee la trama de los cuentos que integran este volumen. En ellos, la vida fluye, diversa, magnífica y terrible, en harapos y lentejuelas, y es sin duda este contrapunto entre la luz y la sombra, donde se desintegran los estereotipos del sentido común, uno de los mayores logros de esta singular escritora.

José Maristany